



Universidad
de La Laguna

Facultad de Humanidades (Sección de Filología)

Departamento de Filología Española

**MUERTE, LOCURA Y MARGINACIÓN EN LA POESÍA DE CAROLINA
CORONADO**

Trabajo de Fin de Grado

Grado en Español: Lengua y Literatura

Amanda Beatriz Mata Ramos

Tutor:

Darío Hernández Hernández

La Laguna

Curso 2016-2017

ÍNDICE

0- Abstract/ resumen en inglés.....	Pág 3
1- Resumen en español.....	Pág 4
2- Introducción y metodología.....	Pág 5
3- Corpus del trabajo.....	Pág 15
2.1 Amor apasionado fusionado con la muerte.....	Pág 16
2.2 El delirio de su locura.....	Pág 24
2.3 Marginación de la poetisa en su sociedad.....	Pág 29
4- Conclusiones.....	Pág 34
5- Bibliografía.....	Pág 36
4.1 Webgrafía.....	Pág 37
6- Anexos.....	Pág 39

0- Abstract

Carolina Coronado Romero de Tejada was a 19th century celebrated poetess from Extremadura. She is considered as one of the most relevant representatives of the Spanish Romanticism. In addition, she contributed a lot to the political and literary spheres of her era by supporting women unconditionally as well as by setting up, together with other female authors, the so-called “*Hermandad lírica*” (Spanish for “*lyric sisterhood*”) in order to protect other helpless female writers. Her works, related to the theme of death, show readers the alienated life this poetess led, her many heartbreaks, the sorrow she felt for her losses, and her life as a woman in society.

All in all, this project attempts to find meaning in her poetry, since Carolina Coronado has rarely been studied in Spain and there exists very little biographical details about her.

KEY WORDS: Carolina Coronado, Spanish Poetess, Century XIX, Woman’s Poetry

1- Resumen en español

Carolina Coronado Romero de Tejada fue una ilustre poetisa extremeña del siglo XIX, considerada como una de las principales representantes del Romanticismo español. Además, contribuyó en el mundo político y literario, apoyando incondicionalmente al género femenino y formando, junto a otra serie de autoras, la “*hermandad lírica*” en defensa de aquellas escritoras desamparadas. Sus obras, relacionadas con la temática de la muerte, muestran al lector la vida marginada que sufrió la poetisa, sus distintos amores, la pena sentida por sus consecutivas pérdidas, y su condición como mujer en la sociedad. En definitiva, este proyecto trata de buscarle sentido a su obra poética, ya que Carolina Coronado ha sido una escritora escasamente estudiada en España y existe poca información biográfica sobre ella.

PALABRAS CLAVE: Carolina Coronado, poeta española, Siglo XIX, poesía femenina.

2- Introducción y metodología

En el presente Trabajo de Fin de Grado he decidido analizar y profundizar en la vida y obra de la poetisa extremeña Carolina Coronado, con el fin de aproximarme a su figura perteneciente al romanticismo, y además, extrañamente olvidada con el paso de los años. La autora formaba parte del colectivo romántico del siglo XIX y es una importante representante de la escritura femenina española. Este trabajo constará de tres partes: abordaré, en primer lugar, aspectos relacionados con su vida, dado que tiene gran relevancia para la comprensión de sus poemas. Recorreremos la vida de la poetisa desde su infancia hasta la hora de su “deseada” muerte. En este apartado vamos a observar que todo lo que le rodea a la autora se relaciona con un mundo funesto, que, posteriormente, la llevará a tener distintos planteamientos sobre su juventud y la llegada de la vejez. En segundo lugar, me centraré en revisar aquella parte de su producción literaria para así relacionar las distintas etapas cronológicas de su obra con aspectos fundamentales de su sensibilidad. En este caso, trataré principalmente la temática de la muerte, de la locura y de la marginación, que veremos plasmada en sus versos, a través de una serie de poemas que he transcrito en el anexo. Y en tercer lugar, para finalizar, plantear las conclusiones que han ido surgiendo a medida que he desarrollado este trabajo y relacionarlas a su vez con los terribles sucesos que le ocurrieron en vida a la poetisa. En definitiva, con este trabajo lo que trato es de buscarle sentido a su producción literaria ya que ha sido una escritora escasamente estudiada pese a su rareza dentro del ámbito de la escritura decimonónica.

Para poder referirme a los objetivos que he programado para emprender el trabajo, he de dividirlo en dos partes: en primer lugar, en la vida tormentosa que ha vivido la autora, y en segundo lugar, resultará importante hacer una relación de su poética con el pensamiento marginal que la autora tenía de la muerte. Mi propósito en este trabajo es centrarme en un análisis temático de la muerte, de la locura y, a su vez, de la marginación, ya que son temas que se ven plasmados en la poesía de dicha autora. Para finalizar el trabajo, haré un análisis de su obra, pero solo teniendo en cuenta el lado trágico y marginal de Carolina Coronado.

La poetisa extremeña Carolina Coronado Romero de Tejada (Almendralejo, 12 de diciembre de 1823 – Lisboa, palacio de la Mitra, 15 de enero de 1911) fue una escritora española que, junto a José de Espronceda, formó parte de la literatura post-

romántica. Fue tía de Ramón Gómez de la Serna y será esta escritora la que posteriormente descubre todo el sentido de su vida y de su obra a través de un texto titulado *A mi tía Carolina Coronado*. La obra de este autor nos muestra la pasión que sentía por algunos escritores e incluye una serie de poemas de literatos como, por ejemplo, Quevedo, Francisco de la Torre, Espronceda, Góngora, pero la principal representada es Coronado.

Los primeros poemas de la autora fueron: “A la Palma”, y una oda “A una pluma”. Ellos, junto a otra larga serie de poemas, fueron publicados en el periódico madrileño *El Piloto*, y con este primer corpus la autora logra ser reconocida triunfalmente por el mismísimo Espronceda, debido a que le atrajo profundamente la belleza de sus versos (Franconi, 2012, pp. 11-28). Seguidamente este autor le dedica a Carolina unos versos absolutamente profundos: *Dicen que tienes trece primaveras/ y eres portento de hermosura ya,/ y que en tus grandes ojos/ reverberas/ la lumbre de los astros inmortal.*¹

Después de este primer episodio, Carolina Coronado publicó su poemario bajo el nombre de *Poesías* (1843-1852), corpus que empezó a escribir con solo diez años y que están extraordinariamente impregnados de poesía amorosa. Para la publicación de su poemario pidió ayuda a Juan Eugenio Hartzenbusch, el cual fue su consultor epistolar y, además, el que la ayudó a preparar su colección y a encontrar un editor para su obra. Gracias a este primer volumen se convirtió en una figura literaria reconocida en Madrid, sin haber aún residido en la capital. Tras la circulación de su trabajo, apreciamos como Coronado concretó su proyecto asemejándose más al de la expresión del dolor y al del sentimiento de frustración que, en su época, experimentaban y sufrían las mujeres de la sociedad española (Monterde García, 2011, pp. 393-408).

La poetisa nació en el pueblo de Almendralejo y a los cuatro años de edad se traslada a Badajoz con sus familiares. Era hija de Nicolás Coronado y de María Antonia Romero de Tejada, una familia acomodada y de origen liberal. La autora tuvo una buena formación doméstica como correspondía en la época a una joven destinada al matrimonio, sin embargo hay datos que señalan que sus padres nunca mostraron interés de la afición que poseía Carolina hacia la literatura y no la incentivaban a leer (como

¹<http://www.poesiacastellana.es/poema.php?id=A%20CAROLINA%20CORONADO%20...&poeta=Espronceda,%20Jos%E9%20de>

destaca en su estudio biográfico Pérez González, 1986). La poetisa le llegó a confesar a Juan Eugenio Hartzenbusch en sus cartas que vivía en un ambiente demasiado hostil debido a la represión de sus padres y de su pueblo, por lo que le resultaba complicado escribir con libertad. En una de sus epístolas podemos leer el siguiente mensaje: *“Una mujer teme de la opinión de cada uno porque ha nacido para temer siempre; por evitar el ridículo suspendí mis lecciones y concreté mis estudios a leer las horas dedicadas al sueño. Pero esto debilitó mi salud, y mi familia, celosa de ella, me prohibió continuar. Me decidí, pues, a hacer versos solamente, a no escribirlos y conservarlos en la memoria; pero esta contemplación perjudicaba al buen desempeño de mis labores y me daba un aire distraído que hacía reír a los extraños y molestaba a mis parientes... Me resolví a meditar solamente una hora cada día antes de levantarme. Pero el pensamiento no puede sufrir tanta esclavitud; el poeta no puede vivir así y mi escaso numen está ya medio sofocado”* [3 de diciembre de 1842]. [Valis, 1991, pp. 10-11].

Encarcelaron a su padre Nicolás Coronado (Secretario de la Diputación de Badajoz en ese momento) por intentar cubrir a su padre Fermín Coronado y por pertenencia al movimiento liberal desde el año 1827 hasta el año 1829 que se le concede la amnistía gracias a la intervención de María Cristina de Borbón. En el año 1820 muere Fermín Coronado por la paliza que le dan unos fernandistas², este suceso repercutió en Badajoz ya que anteriormente había luchado contra las fuerzas napoleónicas obteniendo definitivamente la victoria. Cuando todos estos hechos suceden, Carolina solo tenía ocho años y como consecuencia de estos acontecimientos la autora se decantó por seguir una preocupación política de signo progresista y revolucionario, y, a su vez, comprometerse en la reivindicación de la mujer en el plano público. En ese entonces el liberalismo era una corriente minoritaria, pero que llegó a plasmar los cambios que estaban por producirse en España. Esta corriente liberal reivindicó bajo palabras como “libertad” la exaltación de los sentimientos y la búsqueda de un cambio social en España que la redimiera de la secular represión política del absolutismo y el clero. Junto a esta novedad política del liberalismo, en literatura comienza un nuevo movimiento, el romanticismo, presentando en la obra literaria algunas de las ideas que defendía el liberalismo radical de este período: la búsqueda de la libertad y la exaltación de la vida.

² Así eran conocidos los exaltados reaccionarios que invocaban a Fernando VII en sus acciones, monarca odiado en la familia de los Coronado por las diversas persecuciones sufridas en su nombre.

En el año 1838, cuando España sufría los problemas de la guerra civil, Carolina Coronado colaboró con los isabelistas de una con el bordado de una bandera, para así poder defender el trono de la reina Isabel II. Además de esto participó en la campaña contra la esclavitud llegando con ello a convertirse en la dirigente de la Sociedad Abolicionista de Madrid. Posteriormente escribe unos versos que causan un gran escándalo en la sociedad y que van referidos a ese suceso: “A la abolición de la esclavitud en Cuba”. De ideas revolucionarias, la autora intentaba, aunque sin ningún tipo de éxito, luchar por el progreso nacional, se preocupaba por el futuro de España, y sensible a un pensamiento altamente moral y político. En este sentido, hay que relacionarla con esta corriente política de la escritura romántica que creía en la redención del ser humano y abogaba por un futuro basado en las míticas aspiraciones de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad.

En los años 1840-1850 Carolina Coronado junto con otra serie de autoras, formaron parte de una “hermandad lírica”, intentando así defender la postura de las mujeres escritoras de aquella sociedad. Pese a ello, hasta el siglo XX es común el desprestigio hacia la mujer como poeta. En los tiempos de la poetisa, la mujer era la encargada de las tareas domésticas, hasta tal extremo que se les llegó a denominar “ángeles del hogar”. Escribir no era para las mujeres, resultaba “antinatural” que una dama se encargara de las labores de un hombre (refiriéndose principalmente a la política, pero también al arte o a la literatura). A día de hoy no sabemos si Coronado recibió algún tipo de beneficio económico de sus publicaciones: *Todavía en 1904 el publicista Fernando Araujo pudo escribir que la vocación literaria existía sólo excepcionalmente para la mujer española* (Valis, 1991, p. 17).

Sin embargo, Carolina Coronado logró en estos años destacarse con su poesía; en 1843 formaba parte de todos los periódicos literarios de Madrid y de otras provincias. Gracias a ello pudo entrar en casi todos los liceos europeos, incluyendo también el de La Habana. Después de ese suceso fue recompensada en el Liceo de Madrid con una corona de oro y laureles, y llegó a leer su obra titulada: “Se va mi sombra, pero yo me quedo”. Desde 1852 hasta 1872 hubo ediciones, ya que se incorporaron a la colección algunos poemas nuevos de la autora, aunque todavía hoy en día no tenemos una recopilación completa de toda su obra.

Carolina Coronado, al igual que Gómez de Avellaneda y Rosalía de Castro, adoptaron la identidad de Safo como motivo autorial, ya que vemos como la autora resalta la pasión erótica, prohibida en aquellos tiempos a la mujer española de la clase media del siglo XIX. Comparten la misma temática ya que sus poemas van dedicados a los sufrimientos y a su vez, a los placeres que les causa un amor, prohibido o imaginario. Safo de Lesbos simbolizará el feminismo y la pasión amorosa, y la manifiesta a través del sufrimiento o de los celos (Fernández Rodríguez, 1994, pp.469-480). Además de ello podemos observar como la autora hace uso de los recursos horacianos, debido a que sitúa al sujeto lírico en la postura romántica del yo, que cree los secretos de su propio ser en la naturaleza. Lo importante para Coronado era la similitud entre la naturaleza y el yo lírico, y esto lo podemos apreciar en una serie de poemas que ella publica sobre las flores, los cuales incluye en el final de su colección en 1843.

Los elementos fundamentales de la autora son: la autointrospección, la poesía de vocación femenina, la vertiente satírica y la melancólica, la poesía social y política, la legendaria, la poesía religiosa, la filosófica, la pasión amorosa y el uso del tópico del *locus amoenus*.

En primer lugar tenemos la poesía amorosa de la autora la cual está constituida por los poemas dedicados a Alberto, su primer amor marinero, aunque verdaderamente nunca se supo si fue un amor real o ficticio. Los poemas forman un ciclo que comienza con el que se titula *Gloria de las glorias*, al último, denominado *Siempre tú*.

Observamos como a la autora se inspira en un enamoramiento misterioso, pudiendo incluso resultar, una fantasía producida por la imaginación de la poetisa. Ese hombre llamado Alberto era marino o ejercía algún puesto en el mar, porque Carolina Coronado lo citaba de una manera casi obsesiva en sus versos. Con ellos logra ser la primera mujer que dedica un cancionero a un hombre en la tradición europea, a la manera del mismísimo Petrarca.

Los poemas inspirados en Alberto constituyen una especie de “cancionero amoroso”, divididos en tres períodos. En primer lugar el hallazgo del ser amado (representado en poemas como: *Se ha deshecho el alma mía*, *Temor del mundo y Bendito seas*, *Alberto*), en segundo término, la despedida del amante y el dolor causado por la pérdida (ofreciéndonos poemas como: *La planta del valle*, *la aurora de San*

*Alberto*³ y *Un paisaje*), y, por último, el posible enlace con su amado (generando así hermosos poemas: *La luna en una ausencia*, *Para el alma no hay distancias* y *Los recuerdos*).

En el último poema que le escribe Carolina a Alberto, titulado *Siempre tú*, nos hace notar ya esa ausencia afectiva que se hará definitiva para el resto de su vida: *La niebla del diciembre quebrantaba/ del sol los melancólicos fulgores/ cuando en mi corazón de tus amores/ el acento primero resonaba./ El segundo diciembre se acercaba/ trayendo para mí nieblas mayores/ que a merced de los vientos bramadores/ tu nave en el Atlántico vogaba./* (Valis, 1991, p. 240).

Así podemos observar cómo la poetisa desarrolló el sentimiento amoroso agrupándolo en varios conceptos: el amor a sus familiares y amigos, el amor a Dios, a Alberto, a la naturaleza, a su patria, a la poesía, etc.

Posteriormente, según señalan los datos, la autora le envió una serie de cartas a Eugenio Hartzenbusch en las cuales ella le contaba que había fallecido su enamorado el 2 de mayo, le comunicaba que desde los diecisiete años estaba perdidamente encaprichada de él y que por lo tanto no quería trasladarse a Madrid, por temor a encontrarse con su oculta tumba: *“Hace poco tiempo, cuando Madrid no había enterrado el corazón a quien yo he consagrado tanto cariño, Madrid tenía para mí otros encantos. Pero ahora me recordaría la pérdida de un amigo que murió ahí: el dos de mayo empezó su agonía, el último septiembre dejó de existir, y esas lindísimas damas y esos galanes pedantes se llevaron su alma al mundo donde no le podré ya ver [...] ya gracias a Dios estoy tranquila y curada radicalmente de una dolencia que he estado sufriendo desde los diecisiete años. No me acuerdo nunca, ni por casualidad, de él; lo tengo completamente olvidado, pero si Madrid, como dice Larra, es un cementerio, temo ver el nicho que lo encierra”* (Gregorio Torres Nebrera, 1999, p. 447).

Aparentemente Alberto muere en un naufragio y por ello la autora, en plena catedral sevillana, decide hacer una promesa que fue la de no mantener relaciones sexuales para dedicarse al culto en honor a su amado. Después de ese supuesto fallecimiento, Coronado escribe dos poemas muy relevantes titulados *“Yo tengo mis amores en el mar”* y *“El Amor de los Amores”* [Dos años más tarde rompe su ofrenda

³ *La aurora de San Alberto*: día de San Alberto, celebrado el 15 de noviembre.

religiosa debido a que el 14 de febrero se enamora enloquecidamente de Horacio Perry Spragne, un diplomático norteamericano con el que se casará].

Yo tengo mis amores en el mar es un magnífico poema escrito en octavas. En él podemos observar que el punto de partida es el mar (que representa el puerto gaditano donde desembarca Alberto) y el rayo de luz (que representa el faro que lo ilumina en su recorrido, logrando gracias a él la unión de los enamorados). También apreciamos como hace alusión a ciertos conceptos como son: el rayo de luna, la tormenta marina, la tórtola y su ausencia de amor. En cuanto a la simbología, se aprecia la capacidad de la autora de llegar a plasmar la palabra *mar* relacionada con la muerte y la vida, y no como se había hecho anteriormente en la poesía romántica, que se asociaba con la *libertad*.

*El Amor de los Amores*⁴ es el poema más conocido de la autora. En él consigue plasmar el sentimiento de soledad buscando la unión definitiva a través de la muerte. Está dividido en seis partes y su temática se asemeja al modelo bíblico del *Cantar de los Cantares*. Hace alusión al tópico de *locus amoenus*, plasmado en la imagen de las tierras extremeñas, debido a que la autora constantemente se sirve de un paisaje determinado para así poder construir su paisaje literario. Carolina Coronado “espera” a su gran amado Alberto y se queja incansablemente de su ausencia, pero se sacia plácidamente de los olores que emergen de las flores, especialmente de las flores blancas, simbolizando con ellas la eterna pureza. La autora introduce las estaciones del año para así referirse al intranquilo sufrimiento que le causa la espera del amado.

La vida de la autora siguió su trayectoria, y en 1852 se casa en Gibraltar con Horacio Perry, que era el primer Secretario de la Legación estadounidense en Madrid, y ambos se convierten en los protagonistas más destacados de la vida cultural y política, de Madrid de aquella época. Se dice que la autora atrajo a Perry gracias a su enfermedad histérica, porque el día que él tenía que regresar a Estados Unidos, ella sufrió un ataque, lo cual provocó que el norteamericano se quedara definitivamente en España. Según la literatura la autora le envió una carta donde le comunicaba que si él se marchaba “su corazón se pararía para siempre”. Él rezó por ella, le pidió matrimonio y ella plácidamente tras oír esas palabras que tanto deseaba escuchar, calmó ese sentimiento de desesperación que tanto la atormentaba.

⁴ Poema publicado primero en el Semanario Pintoresco Español en 1850 y 1851.

El matrimonio se vinculó con la sociedad burguesa, y sus vidas públicas eran muy intensas, llegaron incluso a conocer a la reina Isabel II. Carolina instaló una tertulia en su casa, en la cual integraba miembros tanto progresistas como liberales. Posteriormente, la familia se trasladó a Lisboa ya que Horacio fue seleccionado para ser agente de la compañía *Eastern Telegraph* para la construcción de un cableado marino⁵; sin embargo, en 1874 este trabajo causará la ruina económica de la familia Perry debido a un enfrentamiento judicial.

Existen dos sucesos relevantes que son los que marcan la vida de la autora: el fallecimiento de su marido, y, posteriormente, el de sus hijos. Horacio Perry muere el 20 de febrero de 1891 en Paço d' Arcos y es trasladado a la nueva residencia (capilla de la finca de la Mitra), donde permaneció “corpore insepulto”, hasta que en 1911 falleció su esposa Carolina Coronado. La autora se encargó de que el cuerpo de su marido perdurara en su vivienda hasta que ella muriera, gracias a la ayuda de la Reina Isabel II, y también a la asistencia del ministro de Gobernación de España que hizo que el Gobierno Portugués lo legalizara. A partir de ahí, Horacio Perry se convierte en “el silencioso” y en “el hombre de arriba”, como ella le denominaba, permaneciendo desenterrado durante veinte años. Existen varios hechos biográficos que muestran que la autora llevó una vida llena de problemas tanto económicos como existenciales, por eso su poesía en este momento dejó de ser tan intensa como lo era previamente. El matrimonio tuvo tres hijos. En 1854 fallece su único hijo varón Carlos Horacio con solo un año de edad (escribe “La Sigea” como símbolo de su tristeza) y en 1873 su hija Carolina por una epidemia de sarampión. Estos dos sucesos se suman a la muerte de su esposo y hacen que la poetisa se atormente, y como consecuencia deje de escribir, pasando así a un estado mental severamente depresivo.

Además de todo lo anterior, Carolina Coronado sobrellevaba su existencia con una brutal enfermedad llamada catalepsia crónica: durante momentos, caía en un espacio entre la vida y la muerte. Se trata de un trastorno repentino en el sistema nervioso caracterizado por la pérdida momentánea de la movilidad y de la sensibilidad del cuerpo. Por instantes su cuerpo permanecía paralizado y se encontraba en un estado similar al de la muerte. La catalepsia actualmente se observa en pacientes con casos

graves de esquizofrenia e histeria. La primera vez que le ocurrió despertó, ventajosamente, en su velatorio, causando un enorme sobresalto en sus familiares que estaban allí presentes.

Como se señaló anteriormente, tras la muerte de su único hijo varón, la autora entra en un estado depresivo del cual solo podrá salir gracias a su marido Horacio que le promete que su pequeño no va a ser enterrado (temor que ella tenía) sino que sería emparedado en la Catedral de la Almudena, en Madrid. Después de este trágico acontecimiento muere su hija mayor Carolina por el sarampión, y para cumplir los deseos de la autora le permiten que el cuerpo perdure en la sacristía de un convento madrileño (convento de las Madres Pascualas de Recoletos), depositado en una urna de cristal para que Coronado la pudiese visitar a su antojo. Según observamos en la literatura, se aprecia que la autora ya había sufrido premoniciones de los fallecimientos de sus primogénitos. Los siguientes ataques catalépticos le vuelven a suceder tras el fallecimiento de sus hijos, debido a que a la autora le obsesionaba la muerte, mostrándonos, de esta manera, en su poética el hecho de que no soportaba separarse de sus seres queridos.

En el año 1844 sufre un fuerte ataque y se publica la noticia de su falsa muerte, debido a que se le para el corazón. Después de ese suceso Coronado decide publicar un poema titulado “Dos muertes en una vida”. *“Los colores, la luz, el ruido,/ todo más bello que la tierra era,/ y aquel mundo con gloria verdadera/ le brindaba a mi espíritu embebido./ Pero con ser del alma tan querido/ el cielo que de muertes nos espera,/ esa risa, medrosa, rechazando,/ de mi ilusión me desperté temblando./”* (Torres Nebrera, 1986, p. 5).

Además de ello se observa que Carolina Coronado sufría “necrofilia”, que es atracción que siente una persona hacia la muerte, y hacia todos los aspectos relacionados con la misma. Podemos relacionarla con la “necrofilia” debido a que, por su mandato, Horacio Perry permanecía insepulto en la capilla que tenían en su propia vivienda, además, vestía a su difunto marido con su levita, rodeado de cirios siempre encendidos, incluso lo llegó a visitar todas las madrugadas para conversar con él.

Los cuerpos de los difuntos Carolina Coronado y Horacio Perry fueron transportados al cementerio de Badajoz por orden de su única hija viva Matilde. Solo quedó ella viva, aunque falleció solo cuatro meses después de la defunción de su madre.

Matilde estuvo casada (1899), con un miembro del partido carlista, su madre se opuso a ello, pero el matrimonio se llevó a cabo sin su permiso. Según palabras de Muñoz de San Pedro: *Matilde, que compartía el dormitorio materno desde la muerte del padre, no alteró una sola vez esta costumbre después de casada, ni siquiera la noche de su boda.* (Valis, 1991, p. 48).

3- Corpus del trabajo

Los tres temas centrales que voy a alternar en este trabajo son: la muerte, la locura y la marginación, y esto lo vamos a poder observar en los siguientes poemas que he escogido e incluido asimismo en los anexos (Rolle-Risetto, 1998, pp.103-116). Después de una escrupulosa selección y clasificación he decidido que los poemas que formen parte del corpus poético de la autora sean exclusivamente los que tengan relación con dichos temas anteriormente. Para ello he realizado una división de su obra en tres partes, las cuales estarán formadas por diez poemas incluidos en cada sección: en primer lugar expondré un conjunto de obras que nos muestren el tema relativo a la muerte (dentro de ella haré una subdivisión: poemas que nos muestren el inmenso dolor que le causa la muerte de sus familiares, la de sus conocidos y la de los militares y políticos que daban la vida por España luchando en diversas batallas); en segundo lugar, otros diez poemas que representen la locura que plasmó en la literatura la poetisa y aquí veremos sus distintas visiones y replanteamientos de la vida; y en tercer lugar, otra sección compuesta por diez poemas donde encontraremos que su poesía se corresponde también con el mundo de la marginación, todo esto viene relacionado con el tema de que a Carolina Coronado le tocó vivir en una sociedad donde el hombre deshonraba a la mujer, incluso a la poetisa, por lo tanto la autora trata de reflejar esos sucesos en sus poemas. Por último, he decidido incorporar cinco poemas que también están relacionados con dichos temas, y que a nuestro juicio, además de ser valiosos en sí mismo, ayudan a que le otorguen esa relevancia que merece la autora, tan olvidada en nuestros tiempos.

Para poder analizar la poética de Carolina Coronado es preciso hacer un esquema sobre las etapas evolutivas de su obra: la primera, que consta desde sus comienzos hasta finales de los años treinta (colección publicada de 1843); la segunda etapa que fue la más rica y completa, se presenta en 1852 y muestra amplios poemas de gran riqueza literaria; y la tercera y última etapa, que empieza desde 1852 hasta la hora de su muerte en el año 1911 (su último poema escrito fue en 1910, cuando ya faltaban pocas semanas para su fallecimiento). Esta última parte del trabajo nos servirá para entender mejor a la poetisa y a la vez, para extraer las últimas conclusiones.

2.1 Amor apasionado fusionado con la muerte.

Si comenzamos a leer los poemas de Carolina Coronado enseguida nos damos cuenta de la tristeza que lleva consigo la autora, y esto en un primer momento puede resultar incómodo para el lector incluso demasiado melancólico para la completa satisfacción de su lectura; no obstante, a medida que comienzas a conocer sobre su vida y su obra te cambia la perspectiva sobre ella, la poetisa te hace entender el porqué de su desdicha y de sus poemas cargados de un léxico nostálgico.

Los poemas que he escogido para esta sección titulada “Amor apasionado fusionado con la muerte” constará de tres partes y serán las siguientes; en primer lugar, el tema de la muerte relacionada con el fallecimiento de sus familiares más cercanos (su difunto marido, hijos, hermanos, etc), para esta sección he decidido incluir estos poemas: “*A Emilio dormido*”, “*Temor del mundo*”, “*Para el alma no hay distancias*”, “*Nada resta de ti*” y “*A los que lamentaron mi supuesta muerte. La muerta agradecida*”. En segundo lugar, una selección de poemas que hacen referencia al dolor que sintió la poetisa por sus conocidos del pueblo, su preocupación por la gente era un don que la autora poseía, dichos poemas serán: “*En la muerte de una amiga*”, “*En la muerte de Lista*” y “*Epitafio a un niño*”. En tercer lugar, añadiré poemas que muestren esa conmemoración que le realizaba la autora a los distintos militares y políticos que ejercían su labor defendiendo la patria española. Otro dato que podemos añadir es que su hermano participó en varias guerras, por lo tanto era un tema que le atañía, además de ello otro dato es que uno de sus otros hermanos llamado Pedro fallece en un viaje a Cuba. Los poemas son: “*Adiós, España, adiós*” y “*¡No hay nada más triste que el último adiós!*”. Más adelante en el análisis de los poemas encontramos que la poetisa utiliza un estilo elegante, no es tan macabra como otros autores cuando se refieren al tema de la muerte.

Este primer poema titulado: “*A Emilio dormido*”, pertenece a la obra llamada *Poesías* y está formado por doce libros compilados en uno solo, y publicados en el año 1843. Emilio Coronado, al cual va dirigido el poema, era uno de los ocho hermanos menores que tenía Carolina Coronado y nació en Badajoz el 28 de mayo de 1838. En

este poema vemos como la autora crea unos versos verdaderamente sentimentales, cuyo léxico está impregnado de palabras relacionadas con el hecho de la muerte. Cuando la poetisa lo escribe, Emilio tenía solo cinco años de edad por ello utiliza un registro tierno debido a que se lo dedica a su hermano pequeño. En el poema vemos presentes estructuras como por ejemplo: “*angélica pureza*”, “*candor infantil*”, “*blando dormir*”, que verifican todo lo dicho anteriormente. Hace una reflexión sobre la pureza de la naturaleza y la inocencia de un niño, pretendiendo así, una unión entre ambos (hombre-naturaleza). Posteriormente, en el año 1851, le dedicó otro poema titulado: *Un paseo desde el Tajo al Rhin descansando en el Palacio de Cristal*.

El siguiente poema: *Temor del mundo*, aparece en 1852 dentro de la colección de poemas titulados *A Alberto*. Hace una alabanza a Alberto, a su amado marino, ya que observamos a lo largo del poema que de una forma reiterada hace mención de su persona, ya sea esta imaginaria o no (“*Alberto, si lloro o canto*”). Es una especie de cancionero amoroso, dado que vemos como la autora va cantando todo el desarrollo que se va dando en esa historia amorosa (desde el nacimiento hasta la muerte de la misma). Con este poema Carolina Coronado trató de representar el encuentro que “tuvo” con el ser amado, el surgimiento del amor, y a su vez, el apoyo que sintió gracias a su presencia. Notamos que la autora realiza un claro uso de la metáfora en este poema, para así relacionar el mar con la muerte, ya que el mar es el gran protagonista de las desgracias que le ocurrían en vida a la poetisa, ya sea la ausencia de Alberto o la supuesta muerte del mismo. Esta igualación del mar y la muerte observamos que lo plasma a través de expresiones poéticas como por ejemplo: (“*en la mar española temo mis alas hundir*”). Junto a este poema encontramos otros que forman parte de esta colección dedicada *A Alberto*: *Se ha deshecho el alma mía*, *Bendito seas, Alberto*, *La aurora de San Alberto*, etc. El cierre del conjunto es el famoso poema titulado *Yo tengo mis amores en el mar*, que es en el momento que narra la supuesta muerte del ser amado.

En este poema titulado *Para el alma no hay distancias*, también observamos que la autora hace una clara referencia al dolor sentido por la pérdida de Alberto, utilizando a su hermano como si él fuera el destinatario de ese mensaje. Es una especie de reivindicación contra el mundo queriendo con ello expresar que aunque su amado no esté en vida, seguirá existiendo en su alma y en su corazón por siempre. Además vemos

que hace mención de la golondrina, utilizando al ave como una mensajera para contactar con su amado que ya no está en este mundo, y a su vez, mostrar que no existen obstáculos que venzan dos almas que se aman de forma verdadera. Le escribe para recordarlo siempre vivo, por eso vemos como en los siguientes versos lo conmemora así: *“Ellos viven en los vientos, en los mares turbulentos en los astros y las flores, en la luz y los colores y hasta en los vagos acentos”*. Refiriéndose con ello a que por mucho que no se encuentre presente en su lado, puede haber una unión en la distancia con el ausente ser amado.

Además de ello observamos como la autora siente devoción por el mundo espiritual ya que en el poema se ve como hace una serie de referencias hacia los espíritus, de alguna manera intenta aclararle al lector que para ella sus familiares fallecidos siempre estarán presentes en su vida. Lo destaca así: *“No se ven, aunque se miran, pero se sienten, se aspiran, cuando tocándonos pasan”*.

Nada resta de ti, es otro de los poemas que encontramos dedicados a Alberto (colección de 1852), su imaginario o verdadero amante, ya que nunca se supo si existió de forma real o solo de manera ficticia. En uno de los versos observamos como la autora plasma perfectamente un sentimiento de abandono que siente tras la pérdida del ser amado con un léxico extremadamente melancólico (*“mas no comprende el alma dolorida”*), y a la misma vez vemos que relaciona el fallecimiento de Alberto con el mar⁶, ya que para ella este es el único causante de su muerte: *“te tragaron los monstruos de los mares”*. Realmente nunca se averiguó si Alberto murió en el mar, dado que diversos estudios indican que nadie de su familia ni de su entorno llegó a conocerlo personalmente, solamente se sabía de su existencia por las frecuentes veces que Carolina hablaba de él. Es un poema corto debido a que está formado solo por tres cuartetos pero profundo ya que su léxico nos deja ver esa faceta melancólica de la autora destacando con unos versos ejemplares como: *“Más no comprende el alma dolorida cómo yo vivo cuando tú ya has muerto”*. En conclusión este poema es un ejemplo más de dolor sentido por la pérdida del ser amado.

Por último, y para finalizar la parte dedicada al concepto de la muerte relacionada con la pérdida de sus parientes cercanos, analizaremos este poema llamado: *A los que lamentaron mi supuesta muerte. La muerte agradecida* (se encuentra dentro de la

⁶ Si nos fijamos la autora no relaciona el mar con la “libertad”, sino con la “muerte”. Suprime las connotaciones de “libertad” que puede tener en otros ejemplos de poesía romántica, introduciendo un simbolismo más innovador.

colección titulada: *versos improvisados con varios motivos*). En este caso lo escribe Carolina Coronado para sí misma, tras uno de sus repentinos ataques de catalepsia, debido a que la autora sufría esta enfermedad y en uno de sus episodios más fuertes, le dieron todos sus familiares y conocidos por fallecida. En ese momento toda una serie de autores reconocidos escriben poemas homenajeando a la autora, dado que ya todos la daban por muerta. Uno de los poetas que más se implicó en este suceso fue Eulogio Florentino Sanz, autor reconocido por su magistral drama llamado *Don Francisco de Quevedo*. El 18 de enero de 1844, y por motivo de la supuesta muerte de la autora, le escribe un magnífico poema titulado: *A la memoria de la poetisa Carolina Coronado*. En él observamos como Eulogio Florentino apenado por la pérdida, se compadece de la autora y de una forma u otra comienza a entender el sufrimiento que pasó en su vida la poetisa (“*Nací para llorar... ¡esta es la vida! Tú lo dijiste, Carolina hermosa!*”). La autora logró vivir dos veces, por lo tanto, tras ese estado mental que sufrió y al ver todo lo que le dedicaron se dispuso escribir tal poema, para así agradecer de cierta manera la preocupación que sintieron por su “aparente fallecimiento”. Coronado cierra el poema de una manera fascinante declarando sus más sinceras gratitudes a aquellos poetas que sintieron la necesidad de recordarla tras ese trágico hecho ocurrido:

(...) escuchad de una muerta agradecida
el acento que exhala cariñoso;
Sabed que de una voz dulce y sentida
a mí llegando el eco generoso,
vuestra memoria de amistad bendita
deja en mi corazón con llanto escrita.

Desde mi punto de vista, su aparente muerte no fue más que un engaño del destino, que no quiso luego darle descanso, que la devolvió a este mundo para volver sufrir.

En esta segunda parte la autora presenta una serie de poemas que van dedicados a las distintas poetisas que formaron parte de su generación; y también a personas allegadas de su pueblo, dado que Coronado sentía una inmensa empatía por aquellas personas que habitaban en él. Los poemas que analicé para esa sección fueron los siguientes: “*En la muerte de una amiga*”, “*En la muerte de Lista*” y “*Epitafio a un niño*”. Carolina Coronado era una autora que sobrellevó vivir en una sociedad con numerosas restricciones, ya sea en el plano cultural como en el social, esos sucesos la

trasladaron hacia nuevas ideas y así creó, sin quererlo, un fuerte sentimiento feminista. La poetisa reclamaba, de una manera u otra, un lugar reconocido en el aspecto social y público de la sociedad española a la que pertenecía. Según los escritos, Carolina Coronado fue una de las primeras feministas⁷ de su tiempo y esa temática se publicó entre los años 1844 y 1847. En uno de sus escritos observamos como la autora nos muestra que era consciente de ese papel histórico que realizaba en la sociedad: “*Yo era una de las primeras en esta época que se habían atrevido a escribir haciendo en España una innovación sobre esta desusada facultad de la mujer...*” (Valis, 1991, p. 32).

Este primer poema titulado *En la muerte de una amiga*, hace referencia a la pérdida que sintió la autora tras la muerte de una compañera e integrante de la hermandad lírica a la que ambas pertenecían (“*Ya más no la veremos/ del gran salón arrebatada pluma*”). Realza la figura de su fiel amiga con unos versos majestuosos asegurando que para ella la fallecida era la más bella de todas: “*Entre tanta doncella la del blanco cendal es la más bella*”.

Como ya he dicho anteriormente, Carolina Coronado formó parte de una hermandad lírica en los años cuarenta, compuesta únicamente por mujeres, y creada entre ellas para el apoyo de aquellas escritoras que estaban marginadas por el desprecio que habían sentido por parte de la sociedad de su época. Era como un símbolo de libertad, que les permitía poder dialogar y escribir sin censura. En una de las partes del poema, apreciamos como la autora declara que por mucho dolor sentido por la pérdida de su amiga fallecida, será mejor para ella pues así estará en paz y en gloria, y no en este mundo lleno de desdichas. Es una especie de aceptación de la muerte, pese al sufrimiento que le causa la ausencia de su amiga:

(...) *¿Mas no es verdad, flor mía,
que vives más contenta en la morada
de la Virgen María,
tan santa y regalada,
que en esta pobre tierra desgraciada? (...)*

⁷ Poemas como “El marido verdugo”, “Cantad, hermosas”, “La poetisa en un pueblo”, “La flor del agua” y “Libertad” son manifiestos a favor de los derechos femeninos.

En este poema, la autora nos ofrece una serie de definiciones de la percepción que tiene del cielo, declarando que es un lugar extraordinario, esto lo apreciamos en las declaraciones de los siguientes versos (*¡Ay celestes jardines/ sobre las nubes húmedas, plantados/ por bellos serafines,/ con ámbares regados/ y de castas doncellas habitados! ¡Ay deliciosas palmas/ en cuya sombra reposada giran/ las venturosas almas/ de los que allá respiran/ y oyen a Dios y su semblante miran!*). Desde mi punto de vista, la autora no teme su muerte dado que, para ella, el lugar hacia dónde va el alma es un lugar sagrado y protegido, cree que se sentirá dichosa una vez llegue al cielo.

Al final del poema apreciamos como Carolina Coronado compara a su amiga fallecida con una santa (*“si ya no eres mujer, eres santa”*), esto se observa a lo largo de sus versos, vemos como la autora reitera que el lugar donde está su alma es mejor morada que en el que ella habita que es la tierra, y de esta manera, la autora convierte a su amiga en un ser divino, considerándola como una bienaventurada.

En la muerte de Lista es una recopilación que forma parte del conjunto titulado: *A los poetas* (1849). Es un poema que constituye la colección de aquellas obras dedicadas a la ausencia de un amigo por su fallecimiento y en este caso, además de un amigo, era un poeta reconocido: Alberto Rodríguez de Lista y Aragón. Al final de los versos apreciamos como la autora, de una manera u otra, se decanta por aceptar la muerte de su compañero, pero con un sentimiento de preocupación, dado que ella siente que también ha llegado su hora en este mundo: *yo quisiera también cerrar mis ojos,/ cerrar mis ojos a la tierra oscura*. Esto se observa de una forma más clara en el siguiente verso: *“¡no le lloréis, amigos! ¡yo quisiera tan tranquila dormir!”*, una vez más se puede apreciar las ansias que tiene la autora de desaparecer de este mundo, de llegar a ese lugar donde estén sus seres queridos y así poder descansar en paz. Además de ello, observamos como Coronado finaliza el poema de la siguiente manera, declarando que su amigo ascenderá a un lugar feliz y privilegiado:

*(...) Yo no derramo lágrimas piadosas
por el que asciende a la feliz morada,
que allí quisiera verme regalada
por su ambiente purísimo de rosas;
las lágrimas que vierto dolorosas
son ¡ay! porque me quedo desterrada*

*a sufrir cual vosotros el castigo
de padecer aquí sin nuestro amigo.*

En este último poema titulado: *Epitafio a un niño*, observamos como la autora le canta a un bebé tras su fallecimiento, lo hace de una manera sencilla y a la misma vez majestuosa. Estos versos nos muestran la gran preocupación que sentía Coronado por la muerte, y sobre todo, por las consecuencias posteriores que dejan tras la pérdida del ser querido. Se apiada de la madre del pequeño ya que ella como sufridora de tales hechos es consciente del dolor que está sintiendo la mujer: *“tu madre llorando por tu existencia llamando quiere volverte a la vida”*. Este tipo de sucesos forzaban a que Coronado se pusiera en la piel de la madre, y asimismo le volvía a recordar todo lo que había pasado por las distintas pérdidas de sus familiares, y en especial, de sus hijos.

Finaliza el poema con la aceptación de la muerte del pequeño, ya que en estos versos analizamos claramente que para ella encontrar la gloria estaba más allá de la vida misma:

*(...) de nuestra vida ilusoria
no has de encontrar, alma mía,
la luz del eterno día
que has encontrado en la gloria.*

En la época de la poetisa era muy abundante el fallecimiento de niños, dada las pésimas condiciones de higiene que había. Estos sucesos provocaron que la autora se sensibilizara, sobre todo, después de la pérdida de sus dos hijos menores. Carolina Coronado era una autora que sentía gran preocupación por los jóvenes de su sociedad, por ello, contribuyó a mejorar la educación aportando dinero para la construcción de una escuela para niños de primaria; y en su última etapa realizó un estudio contra la muerte infantil.

En la tercera parte tenemos los poemas titulados: *“Adiós, España, adiós”* y *“¡No hay nada más triste que el último adiós!”*. El primero de ellos (*“Adiós, España, adiós”*), va dedicado a Pedro, el segundo de sus hermanos, que como se certifica en varios escritos, murió en el verano del año 1847 cuando viajaba en barco de Cádiz a Cuba por motivos laborales. Pedro Coronado había fundado en 1844-45, el semanario pacense “El pensamiento” y una “Sociedad de lectura” en Badajoz. Con este poema lo

que pretende, en primer lugar, es despedirse de su hermano mayor y en segundo lugar, dejar claro que pervivirá en sus recuerdos hasta el final de sus días. Este aspecto lo podemos encontrar de manera reiterada en la poesía de Coronado ya que siempre trata en sus poemas de crear ese vínculo con el ser amado, una unión que existirá perpetuamente, pese a que haya fallecido.

Para finalizar con este primer apartado del trabajo dedicado a la temática de la muerte, comentaremos el último poema titulado: “*¡No hay nada más triste que el último adiós!*”, compuesto en el año 1847. Según los estudios, no se sabe si fue dedicado a Alberto o a su hermano Pedro, dado que a lo largo de la poética ambos son tratados de una forma similar en cuanto a la expresión de sus sentimientos: “*gentil compañero*”, y también porque los dos mueren de una forma inesperada en el mar. Vemos el carácter nostálgico que figura en sus estrofas, ya que se lamenta por darle al difunto el “*último adiós*”. Además de ello, nótese el dramatismo expuesto al final de sus versos, dado que este hecho significa para la autora una pérdida irreparable:

(...) *Ya nunca en la vida, gentil compañero,*
ya nunca volvemos a vernos los dos;
por eso es tan triste mi acento postrero,
que nada hay más triste que el último ¡adiós!

Estos poemas los podemos relacionar, a su vez, con el llamado “*Tempus fugit*”, debido a que observamos que la autora teme al paso del tiempo, es consciente de que ello causará una enorme pérdida en su vida, arrebatándole a sus seres más preciados. El tópico latino “*Tempus fugit*” hace referencia al paso inevitable del tiempo, que todo lo consume.

Desde los comienzos de la literatura, y especialmente en el Siglo XIX, la muerte ha sido una cuestión que se ha repetido y analizado por diversos autores en sus escritos, en diferentes representaciones y géneros. En el siglo XIX⁸ era normal que los escritores se cuestionaran ciertas preguntas sobre la existencia del más allá, tenían ideas existencialistas acerca de la infancia, de la familia, y posteriormente, de la muerte.

⁸ Como ha observado Philippe Ariès (2011), el siglo XIX convirtió la pérdida del ser querido en un nuevo culto de las tumbas y cementerios para conservar la memoria de la persona fallecida. La creación de lugares específicos que uno podía visitar con cierto deleite al mismo tiempo propiciaba el cultivo de esa memoria peculiar.

Desde mi punto de vista, todo este conjunto de poemas que escribe la autora representan la vida tormentosa que tuvo que soportar, viene relacionado con el tema de la muerte de sus seres queridos. En primer lugar, la muerte de su único hijo varón, veinte años más tarde la de su hija Carolina y posteriormente, la de su marido. Esto crea en ella un sentimiento aterrador hacia el hecho de verlos enterrados, de ahí que los mantenga “corpore insepulto” durante varios años. Además de ello, es magnífica la relación que hace la poetisa con la muerte y la naturaleza, una especie de culto a lo terrorífico, pero no de forma macabra como lo han hecho otros autores anteriores, sino de una manera más llamativa para el lector.

2.2 El delirio de su locura.

En este apartado vamos a prestar atención a las distintas visiones y replanteamientos que tuvo en vida la poetisa. A lo largo del trabajo hemos ido observando las distintas etapas que ha sufrido la autora. Desde la pérdida de su primer amor Alberto, hasta el fallecimiento de sus dos hijos, y de su esposo Perry. Si le sumamos a todos esos aspectos sus repentinos ataques catalépticos y el papel que desempeñó en una sociedad donde la mujer estaba marginada, nos daremos cuenta del evidente estado de locura al que estaba sometida la autora, inclinándola hacia una prosa de representaciones funestas y nostálgicas. Todos estos sucesos hacen que decida retirarse de su ciudad natal, e instalarse en Lisboa, para intentar encontrar, de alguna manera, la paz y el descanso que tanto ansiaba junto a su única hija viva Carolina.

Carolina Coronado se pasó los últimos años de su vida acompañando de una forma macabra a Perry, velando el eterno sueño del amado, así fue la trayectoria romántica de la autora. En estos poemas vamos a encontrar como la autora nos ejemplifica, a través de su fina poesía, el estado de locura y ansiedad al que estaba sometida en esos momentos de su vida. Llegando a actuar, incluso, de una forma irrazonable ya que observamos como en sus versos hace una petición de la muerte, es decir, Coronado llega a un punto de resignación y aceptación de su propia muerte, debido a que había perdido a gran parte de su familia y ya no desea seguir aguantando el sufrimiento irreparable. Estos sentimientos de delirio los encontramos perfectamente ejemplificados en los siguientes poemas de la autora:

“Despedida al año de 1843”, “Tristeza del otoño”, “La aurora de San Alberto”, “¡Ay!, transportad mi corazón al cielo”, “Tú me pides querer y te he querido”, “¡Cómo, Señor, no he de tenerte miedo!”, “Porque quiero vivir siempre contigo”, “El amor de los amores”, “El amor constante”, “La fe loca”.

En el primero de ellos, *Despedida al año de 1843*, la autora hace referencia al dolor que sintió en ese año tan tormentoso que vivió en España. Después de sucesivas guerras y revoluciones, España quedó totalmente impregnada de un panorama desolador. Todo esto lo apreciamos a través de su refinada prosa, en unos versos que afirman haber sentido más dolores que placeres:

*(...) Tus días a mi vida,
cruels, han dejado
más lágrimas que risa,
más penas que placer.*

Nótese como la autora nos expresa esa tristeza sentida por todos los acontecimientos ocurridos en ese año, se resigna ya que sabe el próximo año será peor: *¡Ay! tal vez más ingrato/ el año venidero*. Al finalizar el poema, observamos como la poetisa ya no posee esa esperanza de la que gozaba al comienzo del poema, ahora solo desea la muerte, con este aspecto podemos recalcar cuál es el objetivo del trabajo, darnos cuenta de esa locura o privación del uso de razón que tenía Carolina Coronado:

*(...) Mejor que el sueño eterno
apagara el latido
de este mi sin ventura
inquieta corazón (...)*

Este poema titulado *“Tristeza del otoño”*, aparece introducido dentro de la composición: *A mi hermano Emilio*. Vemos como, una vez más, apela a su hermano Emilio para que la consuele. Se apoya en él, para así poder expresar la causa de su angustia, que es la inevitable llegada del otoño: *Emilio, el otoño llega/ y se agobia el alma mía*. Observamos como la autora teme al paso del tiempo, no desea que llegue el

otoño puesto que es una estación que le recuerdo en abundancia a la pérdida de su amado Alberto. Asimismo notamos que Coronado sentía una desmesurada tristeza cuando las hojas se despojaban de las flores, pues para ella la primavera y la flor tenía un gran valor sentimental. Al final de los versos apreciamos como la poetisa ya no le da ese valor que antes le concebía a las flores, y ahora nos muestra una contradicción respecto a ellas, estos son ejemplos claros de las indecisiones y de la locura a la que estaba sometida la autora, llegando incluso al delirio:

(...) *¿Qué me importan los jazmines,
ni las rosas, ni las aves,
cuando, hermano, muy más graves
pesadumbres tengo yo?(...)*

El tercer y cuarto poema, titulados: “*La aurora de San Alberto*” y “*¡Ay! transportad mi corazón al cielo*”, corresponden a la poesía amorosa, constituidos esencialmente por los poemas de la sección “*A Alberto*”. “*La aurora de San Alberto*” pertenece al segundo momento del proceso amoroso entre los amantes, aquí la autora trata de despedirse de una forma apasionada de su fiel amado, es un canto de saludo y a la misma vez de despedida, lo percibimos ilustrado de la siguiente manera: *así mi canto a la par/ es saludo y despedida*. Ambos poemas hacen referencia a la pérdida irreparable del ser amado.

Diversos escritos certifican que Carolina Coronado estuvo sometida a tal punto de locura, que la llegaron a ver sentada en su patio, conversando con tórtolas varias horas seguidas.

“*La aurora de San Alberto*” la poetisa nos transmite esa desesperación que le causa no estar con su amado ya que él debe partir hacia otro lugar y no sabe cuándo se podrán volver a encontrar, observamos como el mar y el cielo son los causantes de la separación de los amados: “*Mucho cielo y muchos mares va la suerte a colocar ¡ay! entre ti y mis cantares*”. Es una sutil metáfora en donde relaciona al cielo y al mar con una barrera invencible que le impide esa unión tan necesaria para la autora con el ser amado.

En este magnífico poema titulado: “*¡Ay! transportad mi corazón al cielo*” la autora se repite sin cesar, es un constante lamento dirigido hacia los seres divinos que le han

impedido ver a Alberto, puesto que para ella su figura había sido arrebatada por los ángeles. De esta forma lo que pretende Coronado es que a través de sus ruegos, de una forma u otra, pueda llegar a alcanzar ese bienestar que tanto desea, y añade lo siguiente: “*y en vuestros puros brazos fraternales llevadme allá donde mi bien reposa*”. Al final del poema se observa que describe ese lugar como si se tratase de un mundo milagroso, y a la misma vez le da al sol una gran importancia, puesto que la autora lo compara con el oro: “*conducidme hasta el sol donde se asienta bajo el dosel de reluciente oro*”.

Los siguientes poemas: “*Porque quiero vivir siempre contigo*” y “*Tú me pides querer y te he querido*” pertenecen a los tres apartados temáticos más significativos y personales de toda la obra poética de la autora, integrados dentro de una sección mística titulada: *Inspiraciones de la soledad*, en ellos nos muestra la confianza depositada en la protección divina. Además de ello encontramos que la escritora extremeña alcanza con estos poemas el deseo que quería expresar: abandonar el “paraíso terreno”, y sumergirse en una contemplación de la vida de los santos.

En “*Tú me pides querer y te he querido*” la autora lo que hace con sus versos es una constante reclamación a Dios, para ella, es el único capaz de calmar sus desdichas. En este poema se muestra intolerante y no acepta el hecho de que no pueda contactar con el Señor, Carolina Coronado añade que desde su infancia lleva buscando su figura con deseo y nunca lo ha llegado a percibir. Le aclama con los siguientes versos: “*Yo que te adoro a ti desde la infancia, yo que te busco en incansable anhelo*”. Y además de ello se puede observar que la autora se muestra afectada por la deshumanización, no entiende a las personas que no reconocen a Dios y por ello culpa a la raza humana de tener “malicia”. En conclusión vemos que se trata de un poema de carácter bíblico en donde la poetisa realza la figura de Dios y a su vez, ruega su presencia divina.

También encontramos otro poema de carácter bíblico titulado: *¡Cómo Señor, no he de tenerte miedo!*, cuyo único propósito es la recriminación a Dios por haberle distanciado de sus familiares: “*Yo te olvidaba ya; ni una alabanza/ a la gloriosa bóveda te envía*”. Apreciamos el reproche que arremete contra Dios por haberse llevado consigo sus seres más queridos: “*Tú juegas con las vidas desdichadas,/ tú al borde del abismo las suspendes*”. A medida que leemos los versos, vemos como la poetisa le convierte en el culpable de todos sus males debido a que considera que ha sido él quien ha jugado con su vida, llevándose a quien más preciaba a la tumba. Al final del poema

observamos como la autora expresa ese miedo que tiene, en ocasiones, de morir: y te digo ¡Señor, tú eres el miedo!.

El amor de los amores cierra el conjunto de: *Inspiraciones a la soledad*. Forma parte de uno de los poemas más significativos de Carolina Coronado, dividido en seis cantos, nos hace recordar al modelo bíblico del *Cantar de los Cantares*. Aparece publicado en el Semanario Pintoresco Español entre los años 1850 y 1851. Este poema nos relata de forma religiosa el alcance de ese éxtasis amoroso que tanto anhelaba la autora (a imitación de San Juan de la Cruz). Este proceso se encuentra dividido en tres secuencias: la *purgativa*, la *purgativa-iluminativa* y la *unitiva* (última etapa donde la autora encuentra la muerte terrenal). En este poema se observa como la autora hace una constante mención de las flores, en especial de la rosa blanca, expresando pureza y a la misma vez transmitiéndonos y relacionando ese sentimiento puro con la llegada de su amado Alberto. Apreciamos como la naturaleza es un tema que está muy presente en los poemas de la autora.

En definitiva, este poema nos muestra esa queja amorosa causada por la ausencia irreparable del ser amado:

*Y ¿por qué de mi vista has de esconderte;
por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte, quiero verte
y tengo que decirte que te amo!*

El siguiente poema "*El amor constante*" pertenece a la sección titulada: *Romances*. En él observamos como la poetisa le canta dulcemente a su abuela declarándole sus sentimientos amorosos, hace una especie de comparación entre las impresiones que pueda tener ella sobre la condición de amar, una muchacha joven en ese entonces, y la que pueda tener su abuela. A su vez, se observa como la autora se siente desesperada ya que vive en un continuo tormento preguntándose si es mejor la vida o la muerte. Nótese las réplicas que le hace a la anciana ya que siente que esta no cree en sus sentimientos amorosos: "*Mas; pues esto no es posible/ ni logramos entendernos*". Al final del poema apreciamos otro ejemplo más de su clara petición de la muerte, hay una obsesión fúnebre que se manifiesta en una forma original de enfrentarse con la muerte:

*(...) y tan fijo y tan constante
mi amor vive que sospecho
que ha de morir con mi vida (...)*

Este poema titulado “*La fe loca*” pertenece a la composición: *Fantasías*, forma parte de la poesía filosófica de la autora, y está emparejado con otro llamado “*La Fe Perdida*”, debido a que ambos muestran diversas posturas de cómo situarse ante el mundo. Aquí la poeta se llama a sí misma “*oscura Filomena*”⁹, representándose en el poema como si fuera un ruiseñor. A lo largo de los versos se puede observar como ella misma se interroga sobre su propia existencia, notándose en los fragmentos ese estado de locura al que estaba sometida. Además, nombra y se arrepiente por las insaciables veces que ha llorado, puesto que aclamándole a Dios ayuda, él nunca se apiadó de sus ruegos. Al acabar los versos observamos como el título del poema hace referencia al estado que conservaba la autora, ya que ella misma se califica de la siguiente manera, recalcando siempre su papel de “amante loca”:

*(...) Amante como yo no hubo ninguna:
ninguna tuvo iguales desvaríos,
ni en loca fe jamás ninguna amante
ha sido a mis locuras semejante...*

Desde mi punto de vista, todos estos acontecimientos que le suceden a la poetisa: la decepción causada por ese amor frustrado con Alberto, su repentina epilepsia que acababa en catalepsia, la posterior muerte de su amado Perry, las continuas guerras de España, su condición de mujer y poeta marginada, hace que Coronado se muestre rebelde contra el mundo, y se sienta desolada ante tales situaciones. Quizás por todas estas razones percibimos ese estado de locura en ella. Es decir, la autora con sus poemas, lo que pretende, es buscar una salida a través de diversas súplicas orientadas a Dios, ya sea mediante la petición de la vida, o de la muerte.

2.3 Marginación de la poetisa en su sociedad.

Respecto al tema de la marginación, como podemos observar en varios escritos Carolina Coronado sufrió la problemática de las distintas guerras civiles del siglo XIX,

⁹ Filomena: Filomena era la hermana de Procne y la esposa de Tereo. Vengó la violación de Procne por Tereo sirviéndole a éste los restos de su hijo cocinado. Fue transformada en ruiseñor (o en golondrina, según otra leyenda).

esto causó en España un caos desmesurado para los habitantes. Puede ser otro aspecto que haya causado esa inquietud en la autora, en sus poemas notamos esa preocupación, nos daremos cuenta del gran interés que tenía Coronado, por aquellas personas que habían luchado en la guerra defendiendo a España, y sufriendo como consecuencia, la muerte.

Además de ello, los acontecimientos revolucionarios que sucedieron en el año 1848 en España, le hicieron a la autora llegar a diversas reflexiones dado que se percibía un estado de angustia en la sociedad (hambrunas, enfermedades, carencias económicas, etc).

Todos estos acontecimientos se suman al despreciado concepto que se tenía de la mujer en la literatura española. Carolina Coronado, sumergida en una sociedad revolucionaria, representaba una mujer marginada e incomprendida, fiel defensora de los derechos de la mujer del siglo XIX, su único propósito era luchar contra la marginalización ya existente de ser mujer. En sus versos plantea el desequilibrio de las relaciones entre el hombre y la mujer, recalcando la marginación de ésta en la humanidad.

En este poema titulado *Los recuerdos*, la autora se muestra ignorante a la hora de escribir, es decir, intenta plasmar una idea que estaba generalizada, y era la imposibilidad de la mujer de escribir versos que abarcaran competencias intelectuales, propias del hombre. En uno de los versos se califica a sí misma y se representa como “pobre Carolina” haciéndonos notar ese estado depresivo por el cual estaba pasando en ese momento. Una vez más, en los versos finales, apreciamos esa marginación a la que estaba sometida la autora, en una sociedad donde solo se apreciaba el intelecto del hombre, y donde la mujer estaba tan desprestigiada:

(...) *¿Qué son nuestros recuerdos, son delirio,
infortunio, ventura, desconsuelo?
¿Cuál intento será que tuvo el cielo
darnos en ellos bien, darnos martirio? (...)*

En este siguiente poema titulado *Sobre la guerra*, Carolina Coronado nos intenta mostrar la desesperación que ha sentido por todas las guerras que han acontecido en España. La poetisa no tolera que Dios nos haya dado un privilegio tan divino como es la vida y el gozo de la naturaleza, y que a través de los diversos enfrentamientos que

estaban sucediendo la humanidad lo esté desaprovechando, en sus versos apreciamos que teme por el humo ya que le impide ver el color del cielo y observamos como se muestra contraria a cualquier tipo de conflicto social. Asimismo la autora culpa a los humanos porque ellos han sido los causantes de tales desgracias, esto lo apreciamos en versos como los siguientes:

*(...) Nos ha dado el Señor cielos hermosos
con luz, porque los ojos alumbremos;
y nosotros los pueblos ingeniosos
con humo del cañón la oscurecemos. (...)*

Al final del poema la autora hace una mención al mar, pidiéndole que con su fuerza, arrebate a toda la humanidad hundiéndolos en el abismo puesto que ya sus almas están corrompidas, y no ve solución para encontrar la paz que tanto desea.

Y llévame contigo a tu morada, este poema dedicado a Dios nos hace percibir ese miedo que tiene la poetisa de la muerte, aunque a la misma vez, la hora de esa muerte estará unida a la llegada al cielo junto a sus familiares: “*¿dónde hallaré más dulce y más tranquilo amor, y más placeres que en el cielo?*”. A lo largo de los versos la autora hace una reiteración de la expresión “*llévame contigo*”, ya que es como único obtendrá descanso y consolación, dada su condición de mujer en la sociedad: “*y llévame contigo, Señor, clamo*”. Expresa su miedo a seguir viviendo en este mundo, y sus ansias de desaparecer de él, pero siempre contando con la palabra de Dios:

*(...) No he perdido la fe, que mucho creo;
no me hirieron, Señor, los desengaños (...)*

Además de ello, observamos como la autora siente que el mundo en el cual habita es solo un lugar de sufrimiento, con estos versos nos muestran que se siente atada y que trata de romper esas cadenas con la ayuda de Dios.

A la señorita de Armiño, este poema va dedicado a la poetisa Robustiana Armiño, otra de las varias escritoras que en los años 40 y 50 formó parte de la “hermandad lírica”. Carolina Coronado se siente identificada con Armiño porque han tenido las mismas experiencias y privaciones a lo largo de la vida, ambas vivieron en ese mundo romántico y melancólico de la España del siglo XIX. Además de este poema le dedica otros como por ejemplo: *la flor del agua*, en él apreciamos una representación

del camino por un siglo materialista, y también la denuncia de la marginación de la mujer intelectual. Su afecto para ella lo plasma a través de este hermoso poema:

(...) ¡Ángel mío inocente!
¿Por qué entre amargo llanto
ensayas siempre tu sonoro canto? (...)

En este poema titulado *A la señorita de Armiño* la autora se apiada de su gentil amiga y logra crear así unos versos cargados de afecto. A su vez hace referencia a la gente que acudió al duelo de su amiga pues la autora considera que ya no se le debe llorar, para ella su alma ya partió hacia un lugar mejor donde descansará plácidamente. Al final de los versos se aprecia como Carolina Coronado tiene una esperanza, sabe que el reencuentro con su amiga llegará tarde o temprano ya que señala que sus voces siempre estarán unidas y así lo expresa en este poema: “*Más siempre, compañera, unidas nuestras voces alzaremos*”.

Estos últimos poemas de la colección *En Varios álbumes* forman parte de la última sección de la obra poética de la autora: *En un álbum que tenía una lámina que representaba a los ángeles mirando los clavos del Señor* y *En un álbum una de cuyas páginas se representaba a la Magdalena en actitud de clamar al cielo*, ambos muestran como la poetisa trata de buscar una solución divina a través de las súplicas que le concibe a la Virgen: *¡Piedad!... Virgen. Tu mano salvadora/ las manos prenda que hacia ti levanto/*, ya que para ella el ser humano ha pecado arrebatándole a Dios la vida, lo ejemplifica de la siguiente manera:

(...) Él vino al mundo a conquistar su gloria,
con duros clavos se la paga el mundo (...)

En este poema titulado *En un álbum que tenía una lámina que representaba a los ángeles mirando los clavos del Señor* la poetisa nos muestra una vez más la agonía y decepción que siente hacia el ser humano, dado que ella posee una gran devoción hacia el Señor y no puede permitir pensar que lo hayan torturado de tal forma, califica a la población de inhumanos. Lo recalca una y otra vez haciendo referencia a los objetos que fueron utilizados para su crucifixión: “*los duros clavos en su sangre rojos*”.

En un álbum una de cuyas páginas se representaba a la Magdalena en actitud de clamar al cielo se observa como ya ni el cuerpo ni la mente de la autora aguanta el dolor, es una constante mortificación, llegando a aceptar en sus versos que morirá de

una forma u otra ya que trata de huir de ese mundo. Durante todo el poema le aclama a la Virgen que se apiade de su alma puesto que ya no le queda consuelo alguno: “*conduce el alma que tu auxilio implora*”.

Para finalizar el análisis de las obras de Carolina Coronado se debe hacer mención a los siguientes poemas ya que en estos se ve claramente como la autora anhela la llegada de su muerte: *En el álbum de una amiga ausente* y *En el álbum fúnebre. A la memoria de una joven*.

En el álbum de una amiga ausente se aprecia que la autora hace referencia a esa amarga pérdida de su querida compañera, al comienzo del poema aclara que por mucho que pase el tiempo nunca se le borrará esa huella y que la muerte de su amiga quedará marcada para siempre en sus recuerdos. A su vez nos muestra la añoranza que sintieron los hijos por la pérdida de su madre y el dolor que le produjo intentar consolarlos, rematando el poema con unos versos intensos: “*Aquellas emociones tan sencillas me dejaron de pena el alma rota*”.

El siguiente titulado *En el álbum fúnebre. A la memoria de una joven*: observamos que el poema se muestra en tercera persona, da la sensación de que es la propia autora quien nos narra la secuencia de su propio fallecimiento. Además de ello vemos como se compadece de la joven fallecida ya que ella misma confiesa haberse sentido de igual forma por sus repentinos desamores, por ello, a lo largo del poema, le ruega que juntas deben vencer esos miedos para así poder alcanzar la plena felicidad. Es particular la manera en la que cierra cada fragmento del poema con una infinidad de referencias al amor relacionado con la muerte: “*nadie se muere amor*”, “*ninguna mujer se muere*”, “*es muerte de enamorada*”...

Ambos poemas muestran los arrebatos que sufría la autora deseando, incluso, su propia muerte. Al final de los versos hace referencia a sus estados repentinos de catalepsia:

(...) y dije al mundo: — ¡Está *muerta!*
y respondió: —Está *dormida*;
¡ya verás *cómo despierta!* (...)

4- Conclusiones

La intención de aglutinar una amplia selección del corpus poético la poesía de carolina Coronado a partir de tres temas centrales de su poética ha sido:

- I- Reivindicar la importancia de la autora en el canon romántico español. Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda (poetisa del romanticismo hispanoamericano) fueron dos de las principales exponentes de la poesía femenina del Romanticismo. La ilustre almendralejense llegó a formar parte del grupo de intelectuales españoles que se consolidaron a finales del siglo XIX, siendo reconocida por el mismísimo Espronceda. Además su residencia en Madrid sirvió como lugar para la realización de tertulias, acogió a diversos escritores progresistas. Sus versos revolucionarios, y de gusto por la naturaleza, plasman perfectamente las ideas románticas de ese siglo. Por ello es un fiel exponente del romanticismo liberal del momento.
- II- Plasmar la importancia de la innovación de la escritura. Además de los grandes aportes que proporcionó Carolina Coronado a la poética, el reflejo que nos muestra de sus experiencias con la muerte contribuyen enormemente a tener una nueva visión de la muerte en la literatura muy novedosa y singular con respecto al tratamiento del tema en la literatura hispánica. La autora con sus versos dedicados a Alberto, intenta, que los demás poetas y lectores vean la muerte como un afecto de ternura y no como algo definitivo, dado que posteriormente se dará el encuentro con el ser amado.
- III- Exteriorizar las particularidades de su avanzado feminismo. Carolina Coronado tiene gran relevancia como poetisa debido a que mostró, especialmente tras la publicación de su obra *Poesías* la enorme preocupación que sentía por querer ocupar ese lugar privilegiado al que solo tenían acceso los hombres del siglo XIX. Gracias a ella, y a otra serie de autoras como Manuela Cambrero, Ángela Grassi, Josefa Massanés, etc, se llegó a legitimar el papel de la mujer en el mundo intelectual.

IV- Para concluir, por mucho que luchara para poder ejercer en el mundo literario y público, al final, fue tristemente olvidada con el paso de los años. Esto lo he podido comprobar a lo largo de la realización del trabajo, ya que me ha surgido problemas en cuanto a la realización del mismo porque no he dispuesto de la suficiente información que debería tener la autora. Esto se debe a que hay escasos estudios sobre su vida y obra poética.

5- Bibliografía

Ariès, Philippe (2011). *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus.

Cienfuegos, Julio (1872). *Coronado Carolina. Poesías*. Badajoz.

Fernández Rodríguez, María A. (1994). “Safo, Santa Teresa de Jesús y Carolina Coronado” en *De la Ilustración al Romanticismo: VII Encuentro: la mujer en los siglos XVIII y XIX: Cádiz, América y Europa ante la modernidad*, pp. 469-480.

Franconi, Paloma (2012). “La colaboraciones en prensa de Carolina Coronado” en *Actas de las III Jornadas de historia de Almendralejo y Tierra de Barros*, pp. 11-28.

Kirkpatrick, Susan (1989). *Las Románticas, Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid: Ed. Cátedra.

Monterde García, Juan C. (2011). “Perfiles socio-políticos de Carolina Coronado” en *Actas de las II Jornadas de historia de Almendralejo y Tierra de Barros*, pp. 393-408.

Pérez González, María I. (1986). *Carolina Coronado: etopeya de una mujer*. Badajoz: Departamento de Publicaciones.

Rolle-Risseto, Silvia (1998). “Fases evolutivas y vertientes temáticas en la poesía de Carolina Coronado” en *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura*, nº 3, pp. 103-116.

Torres Nebreira, Gregorio (1986). *Carolina Coronado*. Badajoz: Editora Regional de Extremadura.

Valis, Noël M. (1991). *Carolina Coronado, Poesías*. Madrid: Ed. Castalia.

4.1. Webgrafía

Recuperado el 4 de febrero de 2016 a las 16: 09 de:

<http://entreclasicosymodernos.blogspot.com.es/2009/05/tempus-fugit-el-paso-inexorable-del.html>

Recuperado el 4 de febrero de 2016 a las 19: 08 de:

<http://escritoras.com/escritoras/Carolina-Coronado>

Recuperado el 6 de febrero de 2016 a las 16: 06 de:

<http://www.las9musas.net/siglo19/romanticismo/olvidadosR/coronado/biocorona.html>

Recuperado el 6 de febrero de 2016 a las 16: 09 de:

[http://www.academia.edu/13747715/ Nada resta de t%C3%ADAD . El amor y la muerte e n la obra de Carolina Coronado](http://www.academia.edu/13747715/Nada_resta_de_t%C3%ADAD_.El_amor_y_la_muerte_en_la_obra_de_Carolina_Coronado)

Recuperado el 6 de febrero de 2016 a las 16: 11 de:

<https://books.google.es/books?id=LxfZZL2t7yIC&pg=PA216&lpg=PA216&dq=poetas+hermandad+lirica+femenina+carolina+coronado&source=bl&ots=76RwYK8Kg7&sig=1e47gCspj2O1-CbUPikyDwg6b1g&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwjlfq2pPHOAhXLPRQKHV5OOCKMQ6AEIKDAC#v=onepage&q=poetas%20hermandad%20lirica%20femenina%20carolina%20coronado&f=false>

Recuperado el 8 de febrero de 2016 a las 17: 00 de:

www.altima-sfi.com

Recuperado el 8 de febrero de 2016 a las 17: 08 de:

[file:///C:/Users/Dialnet-PerfilesSociopoliticosDeCarolinaCoronado-3852159%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Dialnet-PerfilesSociopoliticosDeCarolinaCoronado-3852159%20(2).pdf)

Recuperado el 8 de febrero de 2016 a las 18: 19 de:

<https://lclcarmen1bac.wordpress.com/2012/06/16/2128/>

Recuperado el 10 de febrero de 2016 a las 17: 02 de:

<https://extremenosilustres.wikispaces.com/Carolina+Coronado>

Recuperado el 10 de febrero de 2016 a las 17: 02 de:

<http://digitalcommons.unl.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1077&context=modlangspanish>

Recuperado el 1 de marzo de 2016 a las 13: 02 de:

[http://www.academia.edu/13747715/ Nada resta de t%C3%ADAD . El amor y la muerte e n la obra de Carolina Coronado](http://www.academia.edu/13747715/Nada_resta_de_t%C3%ADAD_.El_amor_y_la_muerte_en_la_obra_de_Carolina_Coronado)

Recuperado el 1 de marzo de 2016 a las 13: 10 de:

<https://www.portalsolidario.net/ocio/visu/biografia.php?rowid=8029>

Recuperado el 2 de agosto de 2016 a las 17: 02 de

<http://www.eutanasia.ws/hemeroteca/t169.pdf>

Recuperado el 3 de agosto de 2016 a las 16: 20 de

http://www.poesi.as/Carolina_Coronado.htm

Recuperado el 6 de agosto de 2016 a las 19: 10 de

<http://revistas.um.es/monteagudo/article/viewFile/77161/74591>

6- Anexo

2. 1 Amor apasionado fusionado con la muerte

A Emilio dormido

¡Cuál brilla su alba frente
de angélica pureza!..
¡Cuál vierte su mejilla
el candor infantil!

Exhalan el aliento
sus labios bulliciosos
más dulce que las auras
del aroma abril.

Entre rosado velo
de púrpura y de flores
protege su descanso
el ángel de la paz.

Y vaga cariñoso
en torno de su cuna
y halaga blandamente
su adormecida faz.

Y coronó su lecho
de blancas azucenas,
y coronó su frente
de rosas y azahar.

Silencio... que no turbe
ninguna voz humana
su plácido sosiego,
su blando dormir.

Temor del mundo

Alberto, si lloro o canto
siempre con voz dolorida,
no es que tenga de la vida
recuerdos el corazón;

Es que el dolor presintiendo
antes que el dolor le hiriera,
como en pena verdadera
he sufrido en la ilusión.

No vi la maldad del mundo,
ni vi los hombres perversos,
pero he llorado en mis versos
presintiendo su maldad,
como pobre gaviota
que espantada busca asilo
antes que en el mar tranquilo
resuene la tempestad.

Mar tranquilo de mi vida
mi juventud es ahora,
pero de esta mar sonora
las entrañas siento hervir:
tengo en mi mente mis alas,
voy cruzando ola tras ola,
pero en la mar española
temo mis alas hundir.

Temo al viento, a los nublados
antes de arribar al muro,
y temo al giro inseguro
de mi cobarde volar,
cual temen las gaviotas
en las saladas espumas
que pueda sus blancas plumas
el torrente salpicar.

Si estuviera yo en la gloria
en cuyo trono esplendente
dices que tan claramente
me contempla tu ilusión,
no llorara, y de mi lira
fueran los cantos risueños;
pero tú me ves en sueños
y los *sueños sueños son*.

No soy ángel, no soy santa,
y aunque a la virtud bendigo
no estoy en la gloria, amigo,
sobre el divino tisú;
mas, viviera agradecida
en el mundo que me encierra
¡ah! si todos en la tierra
fueran buenos como tú.

Para el alma no hay distancias

Almas esposas seremos;
unidas existiremos
aunque tú vivas lejano,

que el mundo no puede, hermano,
lograr que nos separemos.

Misteriosa inteligencia
que no alcanzan de la ciencia
a explicarnos las razones
sustentan los corazones
separados en la ausencia.

Hay espíritus queridos
en la atmósfera esparcidos
que nos recuerdan y agitan,
y los amantes sonidos
de nuestras voces imitan.

Ellos viven en los vientos,
en los mares turbulentos,
en los astros y las flores,
en la luz y los colores
y hasta en los vagos acentos.

No se ven, aunque se miran,
pero se sienten, se aspiran
cuando tocándonos pasan,
cuando al tocarnos suspiran,
cuando al pasar nos abrasan.

En el murmullo del río
oirás el acento mío,
en la estrella más dorada
verá lucir tu mirada
mi exaltado desvarío.

Siempre juntos estaremos;

por la luna nos veremos
en las noches de verano:
¡cuánto hablaremos, hermano!
¡Qué de amores nos diremos!

¡Cuántas palabras suaves
que sólo en el mundo sabes
me dirás; cuánta dulzura,
cuánta amorosa ternura
te diré, cuando tú acabes!

Y si quieres mensajero
más alegre y placentero
que la luna peregrina,
yo te enviaré, compañero,
a la bella golondrina.

Ella por mí presurosa
cruzaré el aire gozosa,
y entrando por tu ventana
te llevará una mañana
mi visita cariñosa.

“Despierta, mi bien querido;
–te dirá– si estás dormido,
que yo en su nombre te llamo:
ella dice... *yo te amo*:
Responde tú... *no la olvido*.”

Nada resta de ti

Nada resta de ti... te hundió el abismo...
te tragarón los monstruos de los mares. –
No quedan en los fúnebres lugares

ni los huesos siquiera de ti mismo.

Fácil de comprender, amante Alberto,
es que perdieras en el mar la vida,
mas no comprende el alma dolorida
cómo yo vivo cuando tú ya has muerto.

¡¡Darnos la vida a mí y a ti la muerte;
darnos a ti la paz y a mí la guerra,
dejarte a ti en el mar y a mí en la tierra
es la maldad más grande de la suerte!!...

A los que lamentaron mi supuesta muerte. La muerta agradecida

El corazón, amigos, palpitante
como otras veces en mi pecho siento;
mas al oír vuestro piadoso acento
sobre las nubes me soñé un instante.
Juzgué más claro el sol, menos distante,
vi espíritus celestes en el viento
y en la estrella que más resplandecía
vi confusa la imagen de María.

Los colores, la luz, aire, el ruido,
todo más bello que en la tierra era,
y aquel mundo con gloria verdadera
le brindaba a mi espíritu embebido.
Pero con ser del alma tan querido
el cielo que de muertos nos espera,
esa dicha, medrosa rechazando,
de mi ilusión me desperté temblando.

Dios quiere que aun el día no llegado
a mi vida en su plazo, todavía;

resignación le falte al alma mía
para dejar mi triste suelo amado.
Amo a los corazones que me han dado,
pena, placer, tristezas, alegría;
amo al árbol, al río, a la pradera
y amo a mi dulce lira compañera.

Vendrá colmado de dolor, acaso,
el porvenir que a mi existencia aguarda
y de la muerte en su carrera tarda,
tal vez acuse el perezoso paso.
Mas nunca Dios el sufrimiento escaso
nos da, cuando el descanso nos retarda,
y mi término corto o prolongado
siempre estará por el bien señalado.

Mas, en tanto que treguas a mi vida
le place conceder al poderoso,
escuchad de una muerta agradecida
el acento que exhala cariñoso;
Sabed que de una voz dulce y sentida
a mí llegando el eco generoso,
vuestra memoria de amistad bendita
deja en mi corazón con llanto escrita.

En la muerte de una amiga

¿Dónde la amiga mía,
en dónde está la hermosa compañera
de tanta lozanía
y tanta gallardía
que daba envidia a la gentil palmera?

¿Adónde te hallaremos

si en esta soledad no te encontramos
por más que te busquemos,
por más que te llamemos,
por más que sin consuelo te lloramos...?

¡Ay! Cuando más sufría,
al alejarse la criatura bella,
nos dijo que volvía,
y tristes todavía
estamos aguardando aquí por ella.

Mas ya de su tardanza
son causa los celestes serafines,
que en dulce bienandanza
nos quitan la esperanza
de que vuelva jamás a estos festines.

Ya más no la veremos
del gran salón arrebatada pluma,
girar por sus extremos,
con su belleza suma,
envuelta en el cendal de blanca espuma.

Ni dirán los galanes
al contemplar su luz de pura estrella,
con suspiros y afanes,
«Entre tanta doncella
la del blanco cendal es la más bella».

Faltóle a su pie vago
para cruzar la vida, tierra y calma,
y en el humano estrago,
como la flor del lago
toda en perfume se exhaló su alma.

¿Mas no es verdad, flor mía,
que vives más contenta en la morada
de la Virgen María,
tan santa y regalada,
que en esta pobre tierra desgraciada?

¡Ay celestes jardines
sobre las nubes húmedas, plantados
por bellos serafines,
con ámbar regados
y de castas doncellas habitados!

¡Ay deliciosas palmas
en cuya sombra reposada giran
las venturosas almas
de los que allá respiran
y oyen a Dios y su semblante miran!

¿No es verdad que en el cielo,
paloma de estos valles inocente,
alzas tranquila el vuelo
con perfumado ambiente
por las serenas bóvedas de Oriente?

¿No es verdad que a la vida
no quisieras volver, de los mortales,
desde que estás unida
con lazos eternos
a las dichosas almas celestiales?

¿Que ahora en el cielo puro
y en medio de luceros tan brillantes,
te parece ya oscuro

el festín donde antes
se alegraban tus ojos anhelantes?

¿Que las galas y flores,
la música y la danza tan querida,
y los tiernos amores
de tu alma florida,
te parecen ya sueños de la vida?

Y ¿no es verdad que miras
con lástima de amor, aprisionadas
del mundo a las mentiras
nuestras almas cansadas,
que quisieras llevar a tus moradas?

Responde, amiga mía,
que ya te escucha el corazón atento;
haz que descienda pía
a la tierra sombría
en las nocturnas brisas un acento.

Mas ¡ay! de mí te escondes...
no quieres responder a quien te canta...
¡Pero cómo respondes,
con humana garganta,
si ya no eres mujer, si eres ya santa!

En la muerte de Lista

No le lloréis, amigos, ese canto,
himno de gloria al sueño de la muerte,
era la inspiración del alma fuerte
de aquel varón tan apacible y santo;

ya fatigado de enseñaros tanto,
y ya sintiendo su entusiasmo inerte,
quiso muriendo de su yerto labio
la postrera lección daros el sabio.

Todas las ciencias del saber tenía
menos la de la muerte el docto anciano,
y quiso penetrar en ese arcano
por completar su gran sabiduría;
ya el misterio sabrá de la agonía,
el fin conocerá del ser humano,
y si a la gloria remontó su vuelo,
ya habrá medido la extensión del ciclo.

Y ya del sol el punto culminante,
y del planeta dócil a su mando
sabrán cómo en sus órbitas girando
van por el cielo en rotación constante;
y ya desde Poniente hasta Levante
en la extendida tierra meditando,
«¿Cómo, dirá, mientras duró mi sueño
pude estudiar en mundo tan pequeño?»

El eje aquel del globo entre los hielos
que su mente en las noches fatigaba,
ya de cierto sabrá cómo se clava
para que ruede firme por los cielos;
y ya se habrán calmado sus desvelos
cuando su vista perseguir sin traba
pueda en la inmensidad, y por la cumbre
del sol llegar hasta su misma lumbre...

Ya sabrá si la aurora enrojecida
que a visitar su tumba anoche vino,

de otra desgracia al mundo prevenida
es el augurio cierto del destino;
y si es no más la ráfaga lucida
que deja el rayo del mirar divino,
cuando entre sombras, nubes y misterio
traspasa alguna vez nuestro hemisferio.

Y sabrá por qué vienen los cometas
al ignorante mundo a dar espanto,
y si en el cielo por celeste encanto
desterrados están de otros planetas,
o si del orbe son grandes profetas
que se aparecen entre sangre y llanto
por cima de las míseras ciudades
sólo para anunciar calamidades.

Y sabrá do se forma la corriente
que por las noches en el cielo vago
parécenos de fuego extenso lago
o de luceros río transparente;
y de la luz la primitiva fuente,
la del diluvio, de espantoso estrago
y el origen, la historia y la fortuna
¡¡de la estrella polar hasta la luna!!

¡Ah! ¡si pudiera el inmortal maestro
discípulos queridos y mimados,
tantos nuevos problemas aclarados
desde su mundo transmitir al nuestro!
¡Ah! ¡si la nueva ciencia, el nuevo astro
y los nuevos misterios de los hados,
ocultos al saber de la criatura,
pudiera revelar desde su altura!

Atentos en el valle los oídos
a sus doctas palabras, siempre amigas,
como al viento flexibles las espigas,
doblarais vuestras frentes conmovidos;
y él, mostrando los frutos escondidos
que arrancaron del arte sus fatigas,
nutriera vuestros jóvenes talentos
de sabrosos y dulces pensamientos.

Yo nunca le escuché; nunca la sombra
de mi ignorancia disipó su ciencia;
¡nunca yo, solitaria en mi existencia
hallé a ese sabio que la fama nombra!
Mientras os daba en la campestre alfombra
sus lecciones sonoras de cadencia,
yo, sola por mi valle, no escuchaba
más que a la pobre alondra que trinaba.

Yo nunca le escuché, nunca mi mente
esclareció su antorcha luminosa...
mas recibí la bendición piadosa
que por última vez dio a nuestra frente.
El templo de los hijos del Oriente,
donde el cadáver de Colón reposa,
fue el templo en que nos dio su despedida
dejando nuestra frente bendecida.

Luego en la cuna del glorioso Herrera
dicen que reposar quiso el anciano
blando arrullo le presta esa ribera
para adormirlo en el florido llano;
¡no le lloréis, amigos! ¡yo quisiera
tan tranquila dormir! ¡tener cercano
así mi lecho del hermoso río

que arrullara también el sueño mío!

Yo quisiera también cerrar mis ojos,
cerrar mis ojos a la tierra oscura,
abrirlos a la luz del cielo pura,
al sol brillante, a los luceros rojos;
cerrarlos de la vida a los enojos,
abrirlos de la gloria a la ventura,
¡dormir cuando nos dicen que vivimos,
despertar cuando dicen que morimos!

Yo no derramo lágrimas piadosas
por el que asciende a la feliz morada,
que allí quisiera verme regalada
por su ambiente purísimo de rosas;
las lágrimas que vierto dolorosas
son ¡ay! porque me quedo desterrada
a sufrir cual vosotros el castigo
de padecer aquí sin nuestro amigo.

Epitafio a un niño

Duerme, Niño, el sueño blando
en esta cuna escondida,
aunque tu madre llorando
por tu existencia llamando
quiera volverte a la vida.

Porque en la noche sombría
de nuestra vida ilusoria
no has de encontrar, alma mía,
la luz del eterno día
que has encontrado en la gloria.

Adiós, España, adiós

¡Ah! cuando a partir te vayas
al suelo americano
que para siempre, hermano,
nos separa a los dos,
a orilla de los mares
detente ¡ay!, un momento
y di con triste acento
¡adiós, España, adiós!

Cuando tus claros ojos
fijes de nuestra España
en la postrer montaña
que el buque deje en pos,
tendiendo entrambos brazos
allá desde el navío,
exclama, hermano mío,
¡adiós, España, adiós!

Cuando sola una sombra
divises de este suelo
donde ha querido el cielo
nos viésemos los dos,
dando postrer mirada
a mi rincón lejano,
aunque llores, hermano,
di “*¡Carolina, adiós!*”

¡No hay nada más triste que el último adiós!

Si dos con el alma se amaron en vida
y al fin se separan en vida los dos.
¿Sabéis que es tan grande la pena sentida
que nada hay más triste que el último ¡adiós!

En esa palabra que breve murmuran,
en ese gemido que exhalan los dos,
ni verse prometen, ni amarse se juran,
que en esa palabra se dicen ¡adiós!

No hay queja más honda, suspiro más largo
que aquella palabra que dicen los dos:
el alma se entrega a horrible letargo;
la vida se acaba diciéndose ¡adiós!

Al fin ha llegado la muerte en la vida,
y al fin para entrambos morimos los dos;
al fin ha llegado la hora cumplida,
la hora más triste... el último ¡adiós!

Ya nunca en la vida, gentil compañero,
ya nunca volvemos a vernos los dos;
por eso es tan triste mi acento postrero,
que nada hay más triste que el último ¡adiós!

2.2 El delirio de su locura:

Despedida al año de 1843

Adiós, el que caminas
a hundirte en lo pasado:
mis ojos con tristeza
te ven desaparecer;

Tus días a mi vida,
cruels, han dejado
más lágrimas que risa,
más penas que placer.

Y tú los años míos
con nuevo peso aumentas
y una experiencia añades
al joven corazón;

Más yo tierno saludo
te doy porque te ausentas;
que hasta los males mismos
nuestros amigos son.

¡Ay! tal vez más ingrato
el año venidero
me hará con triste envidia
tus horas recordar;

Que siempre más agudo
es el dolor postrero,
y es siempre más amargo
el último pesar.

En vano la esperanza
con risueño atavío
muéstrame los objetos
allá en el porvenir:

Las que a lo lejos brillan
cual gotas de rocío,
son toscas piedrecillas
que el sol hace lucir.

Y a la remota dicha
la fantasía vana
y el corazón ansioso
cercana sueñan ver:

¡El ignorante niño
ve también muy cercana
la luna que sus manos
se afanan por coger!

Mejor fuera que ahora
partiera yo contigo
y la faz nos velara
juntos la eternidad.

Que sola y fatigada
en un suelo enemigo
quedarme con mi vida
de perpetua ansiedad.

Mejor que el sueño eterno
apagara el latido
de este mi sin ventura

inquieto corazón;

Que en sus amantes penas
dejarle sumergido,
llorando de infortunio,
temblando de pasión...

Mas ya la noche avanza
y a pasos presurosos
a sepultarle corres
en el inmenso mar.

Donde mi pena un día,
mis sueños fatigosos,
¡ay Dios! y mis amores
iré yo a sepultar.

Tristeza del otoño

Hechas polvo caen, hermano,
las flores del jazminero
y ha perecido el postrero
pimpollo de aquel rosal,
cuyo vástago lozano
tantos hijos sostenía,
que ignoro cómo vivía
la gran planta maternal.

Emilio, en el firmamento
gran revuelta se prepara
pues laavecilla más cara

de mi jardín emigró;
y por las noches el viento
su vuelo tanto levanta
que de las parras quebranta
las hojas que el sol doró.

No sabes de cuál tristeza
se contagian mis sentidos;
no sabes cuántos gemidos
siento en el alma nacer,
cuando apoyo la cabeza
en la pared de mi huerto
oyendo el rumor incierto
que forma el hoja al caer.

No es que del verde emparrado
me aflija el muerto follaje,
ni porque a playa salvaje
huya el pájaro leal;
por lo que siento angustiado
mi pecho con las señales
del ave, de los parrales,
del jazmín y del rosal.

¿Qué me importan los jazmines,
ni las rosas, ni las aves,
cuando, hermano, muy más graves
pesadumbres tengo yo?
Cuando en horas tan ruines
doliente paso la vida,
¿qué me importa la caída
de la flor que se agostó?

Mas oye, cuando fenecen

las florecillas, hermano,
cuando al suelo americano
las golondrinas se van,
unas sombras aparecen
en el viento conmovido
que a mi cuerpo estremecido
prolongada muerte dan.

Surge a mis ojos el llanto
y mi espíritu se abate
y en mi seno apenas late
sofocado el corazón;
y en doloroso quebranto
mi cuerpo endeble flaquea,
y se conturba mi idea
y es todo en mí confusión...

Emilio, el otoño viene
de esas sombras circundado
de ese funesto nublado
que en mi endeble juventud,
tan extraño influjo tiene
que el temor de su venida
me hace escuchar la caída
del hoja con inquietud.

Emilio, el otoño llega
y se agobia el alma mía:
su grave melancolía,
¿quién sabe si acortará
esta vida que se entrega
a merced de ese nublado
que por el aire agitado
como una fantasma va?...

La aurora de San Alberto

Días hay en nuestra vida
más grandes que los demás,
en que el alma suspendida
mira la extensión perdida
que vamos dejando atrás.

En ellos nos detenemos
para ver los desengaños
que del camino traemos;
es un descanso que hacemos
una vez todos los años.

Por nuestra tierra viajero
hoy te toca el alto hacer
en este valle postrero,
donde acerté yo a nacer
y donde morir espero.

Vas a pasar uno aquí
de aquellos tan grandes días
que la vida tiene en sí,
y darle me place a mí
cariñosas armonías.

Este solo, en el concierto
de nuestra existencia entera
celebro contigo, Alberto,
que ambos en este desierto
nos vemos por vez postrera.

Y es deber de la amistad

que, al reunirnos aquí Dios,
cante con solemnidad
la sola festividad
que vemos al par los dos.

Días de dichosa suerte
que yo a cantarte no acierto
podrán los años traerte,
pero yo ya no he de verte
otro día de San Alberto.
Sus caminos al cruzar
hoy se ven dos en la vida
para no volverse a hallar:
así mi canto a la par
es saludo y despedida.

Mucho cielo y muchos mares
va la suerte a colocar
¡ay! entre ti y mis cantares;
por eso debes llevar
un eco de estos lugares.

Y la más bella armonía
que con vago con tono incierto
darte pueda el alma mía,
es cantar en su poesía
la aurora de San Alberto.

¡Ay!, transportad mi corazón al cielo

Ángeles peregrinos que habitáis
las moradas divinas del Oriente,
y que mecidos sobre el claro ambiente

por los espacios del mortal vagáis.

A vosotros un alma enamorada
os pide sin cesar en su lamento
alas, para cruzar el firmamento
la senda de los aires azulada.

Veladme con la niebla temerosa
que por la noche ciega a los mortales,
y en vuestros puros brazos fraternales
llevadme allá donde mi bien reposa.

Conducidme hasta el sol donde se asienta
bajo el dosel de reluciente oro
el bien querido por quien tanto lloro,
genio de la pasión que me atormenta.

*¡Ay!, transportad mi corazón al cielo,
y si os place después darme castigo,
¡destrozadme en los aires y bendigo
vuestra piedad y mi dichoso vuelo!*

Tú me pides querer y te he querido

Si clamo a ti, Señor, ¿no has de escucharme
tú de quien es la inmensidad *oído*?
¿Tú que la hirviente mar has contenido,
no has de poder el corazón calmarme?
¿Un átomo de luz no podrá darme
ese que tantos soles ha encendido?
¡Pues cómo has de dejar, Señor, mi vida
¡ay! ciega y sin consuelo y desoída!

Yo me acerco hoy a ti; yo estoy contigo;
sumiso el corazón tengo a tu lado,
pasión, orgullo y pena han callado,
no hay más que fe por ti, no hay más conmigo:
ordéname; una voz y yo te sigo...
¿Qué me quieres decir, qué me has hablado?
¡Por qué mi ruda y tarda inteligencia
no basta a percibir su dulce esencia!

Yo que te adoro a ti desde la infancia,
yo que te busco en incansable anhelo,
yo que más que a la tierra miro al cielo,
yo que a tu gloria aspiro en mi constancia,
¿he de perder, Señor, por la ignorancia
de no entender tu voz, tu gran consuelo?
¿He de ofenderte, he de labrar mis penas
por no escuchar bien claro qué me ordenas?

Mas tú no hablas jamás; no por acento
tu voluntad al universo explicas;
tienes en tu saber notas más ricas
para expresar tus altos pensamientos;
hablan por ti, Señor, los sentimientos
con que alivias el alma o mortificas,
y yo en ese lenguaje he comprendido
que me pides querer y te he querido.

Tú nos pides amor, amor constante
de agradecido pecho justo pago,
tú que una vida das por un halago,
tú de la humanidad eterno amante,
¿y antes quieren, Señor, que el alma errante
se fatigue de error en error vago,
que tener por consuelo en este mundo

cariño tan dulcísimo y fecundo?

Aquí abajo, del mundo habitadora,
dicen, Señor, que hay una docta gente
que no te reconoce, no te siente,
que no te admira, que jamás te adora;
que no te rinde gracias ni te implora
en el placer, en el dolor vehemente;
mas, fábula del mundo es torpe y vana,
porque no puede haber tal raza humana.

Pues al darnos la luz, belleza tanta
como a su inmenso rayo percibimos;
¿ignoramos, Señor, que la debimos
a un ser que desde el polvo nos levanta?
Tú grande majestad suprema y santa
nuestros ojos no ven, mas la sentimos:
el genio puede errar, cuando te niega,
pero no el corazón, cuando te ruega.

Existes, y las gentes los entendemos,
desde la misma cuna te adoramos,
mas ¿sabes por qué luego te olvidamos?
Por malicia, señor, porque tenemos;
no nos place tener jueces supremos
porque mejor sin leyes nos hallamos,
y antes que resignarnos a la pena
negaremos al Dios que nos condena.

Pero yo que te amé desde la infancia,
yo que te busco en incansable anhelo,
yo que más que a la tierra miro al cielo,
yo que a tu gloria aspiro en mi constancia;
acudo a tu saber en mi ignorancia,

acudo en mi aflicción a tu consuelo,
y es tal la fe con que te ruega el alma
que en esta misma fe logra la calma.

¡Cómo, Señor, no he de tenerte miedo!

Yo te olvidaba ya; ni una alabanza
a la gloriosa bóveda te envía
la cantora sin fe; sin confianza
enmudece, Señor, el alma mía;
horas de ingratitud donde no alcanza
el reflejo inmortal de tu poesía
duermo, cuando mi sueño indiferente
viene a romper tu cólera imponente.

“De tus seres de amor, vaga doncella,
¿cuál de ellos quieres que a mi voz sucumba?
¿Qué faz querida borrará mi huella?
¿Qué ser amado lanzará a la tumba?
¿Tu padre morirá? ¿Tu madre bella?”
dices, y el eco de tu voz retumba
dentro de mí, Señor: “Todo lo puedo”.
Todo lo puedes, sí, *¡Tú eres el miedo!*

Cubre la sombra de la muerte el mundo
cuando tu ceño muestras indignado,
y yo he visto a mi padre moribundo
con la sombra mortal de ese nublado:
Señor, al verte contra mí iracundo
entonces tu poder he recordado;
entonces fue el clamor, el rezo, el lloro:
entonces fue el saber cuánto te adoro.

Tú juegas con las vidas desdichadas,
tú al borde del abismo las suspendes,
y al vernos a tu cólera aterrados,
de súplicas y lágrimas te ofendes;
tú no quieres plegarias arrancadas
al espanto, Señor, tú nos comprendes;
sabes que el labio tu alabanza niega,
y si ruega, Señor, por *miedo* ruega.

Tú no cediste a mi medroso ruego,
tú perdonaste la oscilante vida,
porque en tu libro de radiante fuego
la indeleble sentencia está esculpida;
pero salvaste de su infiel sosiego
a la memoria ingrata que te olvida
¡Frágil memoria que tu nombre pierde
y el *miedo* haya de ser quien lo recuerde!

Ni tu sol, ni tu luna, ni tus flores,
ni me inspiró tu lluvia del estío,
ni penetrar lograron tus favores
en este corazón cerrado y frío:
insensata dejé que otros cantores
elevaran a ti su acento pío
como el insecto inútil que dormita
mientras que el ruiseñor canta y se agita.

No te cantaba cuando en calma el cielo
ornado de celaje transparente
brillaba puro: en tanto que su vuelo
sereno detenía el claro ambiente
no te cantó mi espíritu de hielo:
mas rugió la tormenta de repente,
con tu rayo amagaste al ser amado

y de *miedo*, Señor, te he recordado.
¡Miseras oraciones y cantares
que a impulso del temor rompen conmigo!
no más que en las desdichas y pesares
te llamo grande y te apellido amigo:
sólo cuando te ruego que me ampares
dulces palabras con amor te digo;
sólo cuando vivir sin ti no puedo,
“Señor, exclamo, ven, que tengo *miedo*”.

¿Pero me escuchas tú? ¿Pero respondes?
¿No me desdeñas porque indigna clamo?
¿Tu cariñosa gracia no me escondes
porque te olvido en paz y en guerra te amo?
¡Ay! no el cruel remordimiento ahondes;
no rechaces mi voz cuando te llamo;
si tanto puedes tú, yo nada puedo;
no es pecado, Señor, que tenga *miedo*.

Tú vives entre bóvedas de lumbre
de los soles que giran al ruido,
y yo sin que su fuego me deslumbre
no puedo ver al sol medio escondido;
tú de siglos y siglos pesadumbre
eterna llevas, -yo nada he vivido-
tú me puedes hundir -yo nada puedo-
¿cómo, Señor, no he de tenerte *miedo*?

Tiembla del hombre el corazón valiente,
tiembla el pueblo que audaz te desafía,
la fanática raza del Oriente
y la raza sin fe del Mediodía;
¡muy temible serás cuando el viviente
de tan lejana edad, Señor, temía

y en tantos siglos de gentil denuedo
no ha podido vencer, Señor, su *miedo!*

Tú eres el miedo que despide llamas,
tú eres el miedo que el diluvio riegas,
y tiene miedo el mundo a quien inflamas,
y tiene miedo el mundo a quien anegas;
si tu poder conoces y nos amas,
cuando los rayos del furor desplegas
y acobardada ante tus iras quedo,
no te enojés, Señor, si tengo *miedo.*

Puedes quitarnos los amados seres,
nuestra alegría convertir en llanto,
mudar en desventura los placeres,
y trocar en gemidos nuestro canto:
Señor, tan grande y poderoso eres,
es tan inmenso tu gobierno santo
¡que a tu amenaza amedrentada cedo
y te digo ¡Señor, *tú eres el miedo!*

Porque quiero vivir siempre contigo

Sí, yo te creo; viva mi fortuna
y viva el canto de mi humilde boca
si abrasada en tu amor mi alma no invoca
para cantar la fe musa ninguna:
de las musas el arte importuna
cuando tu amor me abrasa y me sofoca,
y me place exhalar a mi albedrío
tonos amantes para ti, Dios mío...

Sí, yo te he visto clara y transparente

como la luz que me ilumina veo,
arrebataada, he visto en mi deseo
tu mirada, Señor, resplandeciente;
una vez nada más tu hermosa frente
he contemplado y me turbó el marco,
y esa vez nada más que te he mirado
me dejaste el espíritu arrobado.

Yo no sé cómo fue, si allá en el sueño
o si despierta he visto tu semblante,
sólo sé que te vi cruzar flotante
y que en tu imagen conocí a mi dueño,
y que es de entonces mi irritado empeño
ver otra vez tu aparición brillante,
contemplar otra vez tu imagen cierta
en delirios, en sueños, o despierta.

Yo me sueño contigo muchas veces,
con la ilusión de mi placer me inflamo,
y te busco después y no pareces,
y no respondes aunque más te llamo;
¿En dónde estás? ¿En dónde resplandeces?
¿Dónde te iré a decir cómo te amo?
¿Cuándo a mis ecos prestarás oído?
¿Cuándo podré llevarte mi gemido?

Yo tengo para ti nuevos acentos
que nada más mi corazón los sabe,
que no los sabe el hombre, el mar, ni el ave,
ni lo saben las brisas ni los vientos.

Y sólo a tus oídos más atentos
les es dado escuchar la voz suave
que por mi seno con aliento gira,
y antes que llegue a mi garganta, expira.

Es voz que al aire pierde su sonido
como flor que a la luz su aroma pierde,
y no puede expresarlo aunque recuerde
su misterioso y virginal sentido:
lágrimas muchas veces he vertido
allá del campo en la llanura verde,
cuando al morir el sol me consumía
sin poderte decir lo que sentía.

¡Ay! lo que siento yo, lo que me inquieta,
Señor, quién lo comprende, quién lo canta;
¡pobre santa Teresa, pobre santa,
que a tal agitación vivió sujeta!
Y más pobre mujer, alma incompleta
esta, que no teniendo gracia tanta,
con la misma pasión que la devora
sin poderte mirar, Señor, te adora.

¿Dónde te iré a buscar, dónde amor mío,
escondida tu faz en el espacio
hallaré para verte más despacio
y calmar mi agitado desvarío?
¿Hacia dónde, Señor, mis pasos guío
para llegar por senda a tu palacio,
y sin genio, sin numen y sin arte
la fe que siento en mi pasión cantarte?

No te encuentro en el mar que antes ansiaba
cuando tan mal, Señor, te comprendía,
que en el recio furor con que bramaba
escuchar tus acentos presumía;
monstruo rabioso que espumante baba
verde como la bilis escupía

¡cómo sonar en su amargado seno
puede tu canto de dulzura lleno!

No te encuentro en las olas vacilantes
donde pensé que tu mirar lucía
antes de que tus ojos más radiantes
a iluminar vinieran mi poesía;
soles y estrellas encendidos antes
ya me parecen luz pálida y fría,
y si sus rayos por acaso miro
cierro los ojos y por ti suspiro.

Por ti ya dejo las queridas flores,
los pájaros, el río, los pinares,
para ti nada más tengo cantares;
para mí nada más tienen colores
de tus ojos los bellos luminares,
para mí nada más tiene armonía
tu voz que sueño en la locura mía.

¡Oh! tú no estás aquí; tu forma bella
no es la del mar sombrío que batalla:
tu lumbre no es la lumbre de la estrella
ni por los valles mi ansiedad te halla;
tú más hondo que él, más alto que ella
opones a mi amor eterna valla,
y cuanto más en tu existencia creo
más sufro y lloro porque no te veo.

Pero yo tengo fe; yo he de encontrarte;
yo para siempre he de vivir contigo;
yo protegida por tu brazo amigo
el espacio hendiré para alcanzarte:
si en la tierra no es, en otra parte

seré dichosa, pues con fe te sigo,
y no me importa la envidiosa nube
que a interponerse entre nosotros sube.

Presto acaban los años en su giro
y de terna pasión la vida esclava;
presto, Señor, la juventud acaba
exhalada de amor en un suspiro;
no tengo sino a ti cuando deliro,
y este silencio y soledad me agrava
con las horas que pasan y no cuento
absorta en mi constante pensamiento.

¿Serán las pesadumbres de la vida,
de tan vario dolor tanta punzada,
de ingratitudes tantas, tanta herida
las que alarguen aquí nuestra parada?
¿tanto podré tardar en la partida
que el ánima no puede fatigada
con la esperanza, con la fe de hallarte
resignarse, sufrir, callar y amarte?

¡Cuánto esa nube durará en el cielo
si es la tormenta del vivir tan breve
que descendemos como nieve al suelo
y en él nos deshacemos como nieve!
¡Cuánto podré aguardar en este anhelo
si hasta el cierzo helado el soplo leve
hiere mi seno y hacia el triste ocaso
hasta, Señor, a acelerar mi paso!

Ya vi pasada la estación serena
y escucho de las lluvias el ruido,
y el caracol del labrador resuena

en el silencio con medroso aullido;
sola estoy con mi sombra y con mi pena,
mas pienso en ti, Señor, y del sentido
quiero, lanzando el miedo y la tristeza,
al término llegar con fortaleza.

También el joven árbol cuando llueve
desbaratado al agua da sus hojas
que el agosto abrasó tornando rojas
y en vago con el vientecillo mueve;
tal vez el aire sobre mí las lleve
mañana si me rinden mis congojas,
y me inunde la lluvia que ahora cubre
los pálidos narcisos del octubre...

Quién sabe... ¡ah! del Asia allá el gigante
oigo, Señor, que llamaba a nuestras puertas,
y ya de Europa veo en un instante
las tierras de cadáveres cubiertas;
cuando blande su hierro fulminante
siempre las tumbas ¡ay! están abiertas
y ya su brazo siéntese iracundo
y de espanto, Señor, ya tiembla el mundo.

Terrible incendio, que talando pasa
los pueblos de Siam hasta el Bassora,
y crece en Siria, al África devora,
sofoca a Rusia y a la Europa abrasa;
¡ay pobre Irlanda, que tu tierra escasa
es para los sepulcros! reza y llora,
que van los buitres en tu negro ciclo
sobre tus gentes a cubrir su vuelo.

Y ¡ay de nosotros! si el azote rudo

también, Señor, se vuelve contra España,
si entre sus dones fúnebres, Bretaña
también nos manda ese dolor agudo;
¡quién a sus recios golpes halla escudo!
¡qué asilo, si el palacio y la cabaña
convertidos en tristes hospitales
serán para sus víctimas iguales!

¡Quién podrá soportar esa agonía,
gritos de destrucción, ayes humanos;
los niños, las mujeres, los ancianos
pegando el rostro con la tierra fría!
¡Quién podrá soportar esa sombría
noche, sino los ánimos cristianos,
que absorbidos, Señor, en tus amores,
con tu memoria templan sus dolores.

¿En qué boca riquísima de aroma
aspiraremos el divino aliento,
cuando falta al pecho el sufrimiento
y el mismo corazón se nos desploma?
Cuando el dolor horrible nos carcoma
la sangre, con febril entendimiento,
¡qué mano ha de venir sino tu mano
a suavizar el padecer insano!

Tú a trasportarnos en tus brazos vienes
como las madres en la cuna al niño,
lecho nos pones de oloroso armiño,
fresca bebida de placer nos tienes:
con tus besos regalas nuestras sienes,
alegras nuestro ser con tu cariño
y olvidando a tu lado nuestra historia
¡oh! contigo vivir; ésa es la gloria.

Yo comprendo esa dicha santa y pura,
ese tu aliento embriagador recibo,
de tu mirada gozo el atractivo,
de tus ecos penetro la ternura;
vivificante ardor, suave frescura
en tu morada celestial percibo,
tonos, perfumes, delicioso ambiente
que el alma sólo del amante siente.

Por eso ardiente sed tiene mi boca
y en tus labios, Señor, templarla quiero,
y por eso en tus brazos sólo espero
la fiebre mitigar que me sofoca;
y por eso te busco ciega, loca,
porque te adoro y por tu amor me muero,
y por eso con fe; Señor, te sigo
porque quiero vivir siempre contigo.

El amor de los amores

¿Cómo te llamaré para que entiendas
que me dirijo a ti ¡dulce amor mío!
cuando lleguen al mundo las ofrendas
que desde oculta soledad te envió?...

A ti, sin nombre para mí en la tierra
¿cómo te llamaré con aquel nombre,
tan claro, que no pueda ningún hombre
confundirlo, al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
siempre de ti, que me lamento sola

del Gévora que pasa fugitivo
mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña
a que venga el que adora el alma mía;
¿por qué no ha de venir, si es tan risueña
la gruta que formé por si venía?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
todos en flor, y acacias olorosas,
y cayendo en el agua blancas rosas,
y entre la espuma lirios virginales?

Y ¿por qué de mi vista has de esconderte;
por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte, quiero verte
y tengo que decirte que te amo!

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
como vengas al pie de las encinas,
si no hay más que palomas campesinas
que están también con sus amores ciegas?

Pero si quieres esperar la luna,
escondida estaré en la zarza-rosa,
y si vienes con planta cautelosa
no nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta,
que si te logro ver, de gozo muero,
y aunque después lo cante al mundo entero,
¿qué han de decir los vivos de una muerta?

II

Como lirio del sol descolorido
ya de tanto llorar tengo el semblante,
y cuando venga mi gallardo amante,
se pondrá al contemplarlo entristecido.

Siempre en pos de mi amor voy por la tierra
y creyendo encontrarle en las alturas,
con el naciente sol trepo a la sierra;
con la noche desciendo a las llanuras.

Y hallo al hambriento lobo en mi camino
y al toro que me mira y que me espera;
en vano grita el pobre campesino
«No cruces por la noche la ribera.»

En la sierra de rocas erizada,
del valle entre los árboles y flores,
en la ribera sola y apartada
he esperado el amor de mis amores.

A cada instante lavo mis mejillas
del claro manantial en la corriente,
y le vuelvo a esperar más impaciente
cruzando con afán las dos orillas.

A la gruta te llaman mis amores;
mira que ya se va la primavera
y se marchitan las lozanas flores
que traje para ti de la ribera.

Si estás entre las zarzas escondido
y por verme llorar no me respondes,
ya sabes que he llorado y he gemido,
y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.

Tú pensarás, tal vez, desdeñosa
por no enlazar mi mano con tu mano
huiré, si te me acercas, por el llano
y a los pastores llamaré medrosa.

Pero te engañas, porque yo te quiero
con delirio tan ciego y tan ardiente,
que un beso te iba a dar sobre la frente
cuando me dieras el adiós postrero.

III

Dejaba apenas la inocente cuna
cuando una hermosa noche en la pradera
los juegos suspendí por ver la luna
y en sus rayos te vi, la vez primera.

Otra tarde después, cruzando el monte,
vi venir la tormenta de repente,
y por segunda vez, más vivamente
alumbró tu mirada el horizonte.

Quise luego embarcarme por el río,
y hallé que el son del agua que gemía
como la luz, mi corazón hería
y dejaba temblando el pecho mío.

Me acordé de la luna y la centella
y entonces conocí que eran iguales
lo que sentí escuchando a los raudales,
lo que sentí mirando a la luz bella.

Vago, sin forma, sin color, sin nombre,
espíritu de luz y agua formado,

tú de mi corazón eras amado
sin recordar en tu figura al hombre.

Ángel eres, tal vez, a quien no veo
ni lograré, jamás, ver en la tierra,
pero sin verte en tu existencia creo,
y en adorarte mi placer se encierra.

Por eso entre los vientos bramadores
salgo a cantar por el desierto valle,
pues aunque en el desierto no te halle,
ya sé que escuchas mi canción de amores.

Y ¿quién sabe si al fin tu luz errante
desciende con el rayo de la luna,
y tan sola otra vez, tan sola una,
volveré a contemplar tu faz amante?

Mas, si no te he de ver, la selva dejo,
abandono por siempre estos lugares,
y peregrina voy hasta los mares.
A ver si te retratas en su espejo.

IV

He venido a escuchar los amadores
por ver si entre sus ecos logro oírte,
porque te quiero hablar para decirte
que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
desde que tienen vida mis entrañas,
y vertiendo por ti mares de lloro
me cansé de esperarte en las montañas.

La gruta que formé para el estío
la arrebató la ráfaga de octubre...
¿qué he hacer allí sola al pie del río
que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! quién sabe si de ti me alejo
conforme el valle solitario huyo,
si no suena jamás un eco tuyo
ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida,
como el Gévora, acaso, arrebatada
dejo mi bosque y a la mar airada
a impulso de este amor corro atrevida.

Mas si te encuentro a orilla de los mares
cesaron para siempre mis temores,
porque puedo decirte en mis cantares
que tú eres el amor de mis amores.

V

Aquí tu barca está sobre la arena:
desierta miro la extensión marina:
te llamo sin cesar con tu bocina
y no pareces a calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola
aguardando a mi amado noche y día;
llega a mis pies la espuma de la ola,
y huye otra vez, cual la esperanza mía.

¡Blanca y ligera espuma trasparente,
ilusión, esperanza, desvarío,
como hielas mis pies con tu rocío

el desencanto hiela nuestra mente!

Tampoco es el mar a donde él mora,
ni en la tierra ni el mar mi amor existe:
¡Ay! dime si en la tierra te escondiste
o si dentro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
que yo te quiero ver, que yo te llamo
sólo para decirte que te amo,
¡que eres siempre el amor de mis amores!

VI

Pero te llamo yo, ¡dulce amor mío!
como si fueras tu mortal viviente,
cuando sólo eres luz, eres ambiente,
eres aroma, eres vapor del río.

Eres la sombra de la nube errante,
eres el son del árbol que se mueve,
y aunque a adorarte el corazón se atreve,
tú solo en la ilusión eres mi amante.

Hoy me engañas también como otras veces;
tú eres la imagen que el delirio crea,
fantasma del vapor que me rodea
que con el fuego de mi aliento creces.

Mi amor, el tierno amor por el que lloro
eres tan solo tú ¡señor Dios mío!
Si te busco y te llamo, es desvarío
de lo mucho que sufro y que te adoro.

Yo nunca te veré, porque no tienes

ser humano, ni forma, ni presencia:
yo siempre te amaré, porque en esencia
a el alma mía como amante vienes.

Nunca en tu frente sellará mi boca
el beso que al ambiente le regalo;
siempre el suspiro que a tu amor exhalo
vendrá a quebrarse en la insensible roca.

Pero cansada de penar la vida,
cuando se apague el fuego del sentido,
por el amor tan puro que he tenido
tú me darás la gloria prometida.

Y entonces al ceñir la eterna palma,
que ciñen tus esposas en el cielo,
el beso celestial, que darte anhelo,
llena de gloria te dará mi alma.

El amor constante

¡Ay abuela! este cariño
a que osáis vos llamar sueño,
ha nacido con mi lira,
ha crecido con mi cuerpo...
seis veces del sol en torno
fue girando el globo nuestro:
pasan soles, mueren lunas,
vienen Mayos, van inviernos
y tan fijo y tan constante
mi amor vive que sospecho
que ha de morir con mi vida,
si no es como el alma eterno.

Y ¿aún juzgáis que sueño? ¡ay triste!

Pues decid ¿cuándo despierto,
a la vejez o en la muerte
en la tumba o en el ciclo?

Sabed, vos, que para siempre
enamorado mi pecho
aunque dijera que olvido
es que me engaño o que miento.

Ardiente, hermoso, inmutable
sólo un sol nos muestra el ciclo,
si en él otros astros lucen
es con pálidos reflejos.

Señora, mi amor se eclipsa,
se oculta, mas no le pierdo
y su rayo más me abrasa
cuando le juzgo más lejos.

Bien hicierais en prestarme
vuestros helados inviernos
que mejor me aprovecharan
los años que los consejos;
trocara mis negros rizos
por vuestros albos cabellos,
por vuestro rostro surcado
mi cutis rosado y terso.

Mas; pues esto no es posible
ni logramos entendernos,
gozad vuestra paz despierta
mientras sufro yo en mis sueños.

La fe loca

Y en tanto que la turba *descreída*
se mofa de lo bello y de lo santo,
Mi loca fe, mi fanatismo es tanto,
que de error en error desvanecida
tomo por bella flor la hoja caída,
por diamante pulido el rudo canto,
y el lejano silbar de las serpientes
por tonos de gargantas inocentes.

No hay campiña por árida y por fría,
no hay montaña por agria y por salvaje
que no muestre un bellísimo paisaje
a la luz de mi extraña fantasía;
la inmunda tela que la araña cría,
el agua del pantano entre el celaje
miradas por mis ojos a lo lejos,
me parecieron cándidos espejos.

Virtudes hallo donde ven delitos,
inocencia y bondad donde hay maldades,
de ángeles bellos pueblos las ciudades,
que habitados están por los precitos
parécenme los buenos infinitos
en toda condición, todas edades:
y es preciso que el vicio toque y vea
para que al fin en el vicio crea.

No bien ante mis ojos ha caído
la dorada ilusión de una creencia,
cuando me lanzo con mayor demencia
otra a forjar, y el desengaño olvido;
¡ay! nada de experiencia en mí ha podido:

y así como en la infancia mi existencia
de mentira en mentira vuela errante,
ilusa, necia, crédula, ignorante.

Y es gracioso ¡por Dios! ver cómo elevo
culto divino a un ídolo de barro,
que tiene las entrañas de guijarro,
y cuya imagen con ternura llevo:
verdad es que a tocarle no me atrevo,
y se sostiene mi infeliz desbarro
hasta que el falso Dios, que así me trae,
de tan mal amasado, por sí cae.

Y es chistoso también (sábelo el cielo)
cuando el ídolo humano se arruina,
de tanta abnegación pura y divina,
de tanto ardiente amor, de tal desvelo
el premio ver que al desplomarse al suelo
aquella creación pálida y mezquina,
me da de oscuro polvo en pago justo,
de dar a un barro vil un culto augusto...

Alguna vez un alma tierna y buena,
aunque es mi suerte por demás aciaga,
¡ah! vino a iluminar con dicha vaga
el bosque de la triste Filomena:
pero sólo duró una luna llena,
y si bella ilusión aún me embriaga,
si espero algún placer, si en algo fío,
es no más por mi loco desvarío.

Donde los otros ven odio y encono,
el brillo de *amistad* a mí me encanta,
cada doncella imaginé una santa.

Y de cariño fiel las alcé un trono:
pagóme la mejor con abandono,
mas, rechazando su perfidia tanta,
por la *dulce amistad* sueño y deliro.
Como *por fiel amor* canto y suspiro.

La *ilusión* de la *gloria* es también mía,
nadie escucha a la oscura Filomena,
alzo la corta voz con larga pena,
y morirá conmigo mi poesía;
pero el amor de gloria me extasía:
De loca fe mi corazón se llena,
y aunque mi voz el viento rechazara,
contra los vientos sin cesar cantara.

No soy feliz —la plácida ventura
más que en mi corazón, está en la mente:
y aun pienso que he llorado amargamente
harto más que debiera un alma pura;
pero mi loca fe dichas me augura
que burla el porvenir constantemente,
y que eternas también se reproducen,
pues al par que unas cesan, otras lucen.

Es bueno Dios; pero a mi triste ruego
jamás detuvo su inflexible fallo:
ni me consuela, aunque paciente callo,
ni me serena aunque en llorar me ciego:
mas con *ardiente fe* a rogarle llego:
dondequiera que estoy en mí le hallo:
y aunque merezca premio por ser buena,
justo le llamaré si me condena.

También he sido amante de la luna

y tuve en los luceros amoríos:
y a mi bello ideal busqué en los ríos,
y he cifrado en las flores mi fortuna...
Amante como yo no hubo ninguna:
ninguna tuvo iguales desvaríos,
ni en *loca fe* jamás ninguna amante
ha sido a mis locuras semejante...

¡Inmensa confusión! ¡El mundo, el cielo,
la religión, la gloria, la poesía,
el amor, la amistad!... El alma mía
jamás reposa en su incesante vuelo;—
paso del entusiasmo al desconsuelo,
del agudo pesar a la alegría...
soy mucho para ser del hombre loco;
y para ser de Dios ¡ay! soy muy poco.

¿Qué soy sino una pobre enredadera,
que en el oscuro patio emparedada,
huye la sombra de que está cercada,
su cabeza elevando hacia la esfera?
Pero el rayo del sol, por más que quiera,
no baña su raíz al suelo atada—
huyo el pesar del mundo: aspiro al cielo;
pero el bien celestial no baja al suelo.

¿Qué soy sino una pobre enredadera
que buscando en la tierra amigos lazos,
tiende amorosa sus lozanos brazos
a la vecina planta compañera;
y porque al bronco espino los tendiera,
sus frescas hojas rompe en mil pedazos?...
Busco apoyo en las tiernas emociones,
y hallo tan sólo ingratos corazones.

¡Reíd los que cantáis la *fe perdida*!,
que ¡vive Dios! a resolver no oso
si es tal vez despreciar diamante hermoso
más necio que estimar piedra fingida;
si es más risible consumir su vida
por un ser ideal y artificioso
que perder por malicia o incerteza
del verdadero amante la terneza.

Y de los dos ridículos empeños,
de entrambas caprichosas necesidades—,
ignoro si *dudar* de las *verdades*
es más locura que *creer* en *sueños*.
No sé si adorar cantos berroqueños,
flores, astros y ríos, cual deidades,
es pecado menor que el culto justo
negar al solo Dios digno y augusto.

Imaginad una ilusión florida:
fundad en ella un porvenir risueño,
sacrificadle la salud y el sueño,
rendidle el alma, el corazón, la vida...
y cuando más celosa y embebida,
y exaltada la améis con más empeño,
la finja más hermosa vuestra mente,
vedla desvanecerse de repente...

¡Ay! como entonces vuestra *fe perdida*,
incrédulos mancebos, envidiando,
las largas noches las pasé llorando,
de esta mi *loca fe* ya arrepentida;
pero a nadie culpé: de cada herida,
que en mi entusiasmo joven voy ahondando,
es cómplice no más la fantasía

que me deslumbra, ciega y extravía.

Defiendo, sí, mis bellas ilusiones,
las defiendo atrevida y arrogante,
y desbarato cuantas veo delante
del mundo injustas, ásperas razones...
¡batalla desigual! con mis blasones
escapo al fin, pero jamás triunfante:
¡harto fue el escapar siempre inocente,
siempre noble adalid, siempre valiente!

Vivamos ¡ay! vosotros blasfemando,
yo en cambio de vosotros bendiciendo:
vosotros, sin razón, siempre dudando,
yo también, sin razón, siempre creyendo:
vosotros a los buenos lastimando,
yo por los malos sin cesar sufriendo:
de odio vosotros abrevado el pecho,
y de tierna pasión, el mío deshecho.

Todos seremos ¡ay! muy desgraciados;
vosotros por dureza y egoísmo
solos, sin salvación, precipitados
iréis a dar del tedio en el abismo;
y mis nobles instintos fatigados,
rendida de mi inútil heroísmo,
del juicio, en *mi fe loca*, sin la guía
vendré a dar en mortal melancolía.

¡Dichosa el alma que lo cierto adora,
y en recompensa de su fe inmutable
tiene seguro el bien de cada hora,
su vida consagrando a lo adorable;
allí no hoy loca fe ni engañadora

duda cruel ni el desencanto es dable.

¡Oh fe de eternal sabiduría

tú sola eres el bien, tú la alegría!

2. 3 Marginación de la poetisa en su sociedad:

Los recuerdos

Auras, perfumes de junquillo, trino
de aves amigas, rodeadme: siento
el antiguo placer, aquel contento
que en tiempo a mis amores; imagino
de mi joven cantor sonar vecino
el palpitante, apasionado acento
y las yerbas temblar que sacudía
su planta cuando a mí se aparecía.

¿Quién no tiene recuerdos deliciosos
de edad mejor ¡ay!, aunque joven sea?
Siempre el pasado tiempo nos recrea
velado de atractivos misteriosos;
por esos de la infancia venturosos
diera el joven el brillo que rodea
su lozana existencia, y cada hora
presente por pasado... ¡Ley traidora!

¿Qué son nuestros recuerdos, son delirio,
infortunio, ventura, desconsuelo?
¿Cuál intento será que tuvo el cielo
darnos en ellos bien, darnos martirio?
Cuando veo que un blanco, débil lirio,
de los mezquinos que produce el suelo,
mi antiguo amor despierta, impulsa, enciende,

¡oh! exclamo ¡santo Dios!, ¿quién os comprende?

¿Qué ven, qué escuchan, pobre Carolina,
en la luz y el silencio ojos y oído?
¿Qué hay en la flor, que hay en la sombra, el ruido
que penetra en tu ser y te fascina?
Sobre la copa de la misma encina
el sol que tantas veces ha lucido,
la brisa de la antigua primavera,
¿por qué te agitan cual por vez primera?

Yo nada sé; filósofos profundos
que los misterios de la vida entienden,
sabrán de aquellos que el espacio hienden
en recuerdos espíritus fecundos;
yo las leyes ignoro de esos mundos
que los sabios dignísimos comprenden;
pero sé que en la tierra, peregrinos,
hay espíritus mil que son divinos.

Si fábrica de barro contrahecha
a quien faltó la esencia para un alma,
hombre estúpido, cuerpo siempre en calma,
la vida del espíritu desecha;
si juzga que de tierra sola es hecha
la criatura, que aspira a eterna palma,
es porque, en piel humana, ser de bruto
a su reino animal paga tributo.

Pero vosotras que gozáis, criaturas,
la inspiración real del sentimiento,
no os mofaréis porque en la luz y el viento
mi amor habite, y en las flores puras;
la yerba que tapiza las llanuras,

la nube que atraviesa el firmamento,
hacen surgir memorias olvidadas
en las almas por siempre enamoradas.

Duermen como la oruga-mariposa,
se ocultan sin cesar, como la luna,
decrecen, como el mar, pero ninguna
muere aunque mengua, velase o reposa;
se reaniman al sol, la noche hermosa
las hace aparecer una por una
y, cuando más lejanas de la idea,
las lleva al corazón recia marea.

Auras, perfumes de junquillo, trino
de aves amigas, me agitáis, os siento,
de espíritus ocultos sois aliento,
sois guardadores de mi amor divino:
venid al valle triste en que imagino
sonar de mi cantor el tierno acento;
¡placeres, dadme, en la ilusión hermosa
ya que en la realidad no soy dichosa!

Sobre la guerra

Nos ha dado el Señor cielos hermosos
con luz, porque los ojos alumbremos;
y nosotros los pueblos ingeniosos
con humo del cañón la oscurecemos.

Nos ha dado unas tierras deliciosas
donde las vidas sustentar podamos,
y nosotras las gentes belicosas
con sangre de los nuestros las regamos.

Nos ha dado suprema inteligencia
para adorar su ley mientras vivimos,
y nosotros negamos su existencia
y de la propia nuestra maldecimos.

Nos ha dado pasiones generosas
y odiándonos vivimos en la tierra;
“almas, nos dice, paz, sed venturosas”
y respondemos “infortunio, guerra!”

Guerra al Oriente, *guerra* al Mediodía,
por cuanto abarca el sol guerra sangrienta;
nuestra campana eterna de agonía
por las batallas sus minutos cuenta.

Hacen trocar los siglos pasajeros
leves, imperios, religiones, todo;
pero la horrible estirpe de guerreros
tiende su rama del egipcio al godo.

¡Oh de asesinos fuerte monarquía
de siglo en siglo transmitida viene;
reino antes de Moisés tal dinastía
y aun después de Jesús príncipes tiene!

Un perpetuo clamor son las naciones;
toda la humanidad es solo un grito;
cansado de sufrir generaciones
el mundo está, y cansado el Infinito...

Tiende ¡oh paterno mar! tiende los brazos
y, por piedad de nuestros hondos males,
de la tierra los míseros pedazos
abisma entre tus formas colosales.

Tal vez al arrollar el viejo mundo,
tus soberanas moles avanzando,
otras tierras mejor desde el profundo
se irán a tus espaldas levantando.

Aquí están las semillas corrompidas,
a Dios no pueden dar ya fruto bueno,
y pues a Dios no sirven nuestras vidas,
¡húndenos mar, te servirán de cieno!

Y llévame contigo a tu morada

¡Qué abatida estará, Señor, mi vida
cuando no te consagro ni un acento!
¡Qué hundido debe estar mi pensamiento
cuando así te abandona, así te olvida!

Preséntasme la tierra florecida,
resplandeciente en lumbré el firmamento,
y en vez de bendecirte y celebrarte
bajo los ojos para no mirarte.

Gran pesar no sufrí, padre divino;
ningún dolor agudo el alma llora;
pero más me entristezco, hora por hora
conforme voy andando mi camino:
ni sé si es bueno o malo mi destino,
ni advierto si se agrava o se mejora;
sólo sé que el vivir menos agrada
cuanto más adelante en la jornada.

No he perdido la fe, que mucho creo;
no me hirieron, Señor, los desengaños,
ni presa fui de pérfidos amaños,

ni juguete de loco devaneo;
yo no tengo ambición, nada deseo,
es mi existencia juveniles años,
pero triste; Señor, muy triste estoy,
puesto que ni mi canto ya te doy.

¡Ay! Cuando siento del fecundo mayo
el vaporoso y caldeado ambiente
jugar con mis melenas blandamente,
te quisiera cantar, pero en desmayo
melancólico abísmase la mente,
y como herida por amante rayo
las lágrimas se agrupan a mis ojos
y hasta la luz del sol me causa enojos.

Luego las plantas pienso que suspiran,
paréceme que el río se lamenta,
y la vida a mis ojos se presenta
llena de sombras que dolientes giran...
y yo no sé por qué, miedo me inspiran,
y no sé que aflicción me desalienta,
pero tiendo los brazos y te digo
señor, señor, ¡ay! llévame contigo.

Tal vez, Señor, el porvenir me inquieta
porque nací mujer y soy cobarde,
y tal vez en las brisas de la tarde
me anuncia el porvenir mi ángel profeta.
Triste será el de la mujer poeta,
mas ora el bien, ora el dolor me aguarde,
mejor quisiera que con brazo amigo
me quisieras llevar, Señor, contigo.

Aquí la turbación, aquí el gemido,

aquí la guerra, aquí los hondos males
tienen reinado eterno, y siempre iguales
los tiempos han de ser a los que han sido;
señor, y allá el descanso apetecido,
allá la paz, los goces celestiales
me convidan, si quieres santo amigo
para siempre llevarme allá contigo.

Allá en la noche hay sol, no acaba el día,
siempre es abril para los ricos prados,
y por aquellos huertos regalados
sólo la flor de la virtud se cría:
el odio, la ambición, la tiranía
no existe en tus dominios dilatados;
los hombres a los hombres no asesinan,
la virtud y el amor allí germinan.

Allá en la fuente de la fija ciencia
beberé hasta saciar mi gran deseo,
conoceré el error de Ptolomeo,
me reiré de la humana suficiencia;
sabré quién escribió la alta sentencia
que hundió al egipcio y destruyó al hebreo,
qué ilumina las cumbres de Sodoma,
derriba a Grecia y aniquila a Roma.

Sabré mejor que el sabio más profundo
de la historia del orbe tantos hechos,
porque en los pobres libros contrahechos
mientras estudio más, más me confundo;
penetraré las leyes de este mundo,
la esencia de los seres, sus derechos,
lo que son, lo que fueron, lo que esperan
nacidos, por nacer, y cuando mueran.

Sabré por qué tu espíritu se esconde,
por qué rodar nos haces en la esfera,
qué pretendes hacer con tal carrera,
y cómo nos impulsas y hacia dónde:
por qué girar al sol nos corresponde,
 por qué su luz la luna reverbera,
por qué tienes volcanes encendidos,
por qué tienes los mares extendidos.

Por qué al par de Jesús nace Mahoma,
por qué alientas entrambas religiones,
por qué arde entre diversas oraciones
 y en diferente altar distinto aroma:
qué das al que la cruz sagrada toma,
 del de la media luna qué dispones,
quiénes te desconocen o te entienden
quiénes los que te adoran o te ofenden.

Allá sabré también por qué nacimos
 débiles y sencillas las mujeres,
y si el premio de tantos padeceres
habremos de lograr cuando morimos.

Allá sabré si destinadas fuimos
 al duro yugo de los otros seres,
y si has dispuesto tú las leyes graves
que no puedo decir y que tú sabes.

Allá sabré también por qué deliro,
 y la oculta razón de mi tristeza;
por qué abrasada siento mi cabeza,
por qué lloro, Señor, por qué suspiro,
por qué cuando tu hermoso cielo miro
 ansiosa de tu gloria y tu grandeza,
 olvido de la tierra cuanto amo

y llévame contigo, Señor, clamo.

Si comparando el mundo, éste de penas,
su injusticia, su error, nuestras pasiones
con el bello existir de esas regiones
pacíficas, hermosas y serenas,
anhelamos romper nuestras cadenas,
elevamos a ti los corazones,
y de tus brazos al paterno abrigo
me quiero refugiar yendo contigo.

Si quiero descansar, hallar consuelo,
quiero verte, Señor, yo no vacilo;
¿dónde hallaré más dulce y más tranquilo
amor, y más placeres que en el cielo?
o si te place mi virgíneo velo,
si digna soy de tu celeste asilo,
no me dejes aquí desconsolada
y llévame contigo a tu morada.

A la señorita de Armiño

¿También, nueva cantora,
el arpa juvenil cubres de luto?
¿Tú desconsoladora
a la musa, que llora,
rindes también tributo
de secas flores y de amargo fruto?

¡Suave luz del oriente!
¿Por qué entre nubes escondida tanto
muestras la faz riente?
¡Ángel mío inocente!
¿Por qué entre amargo llanto

ensayas siempre tu sonoro canto?

¡Gemidos solamente!
¿Acrecentar la pena y el desvelo
de la turba doliente?...
No ha menester la gente
más triste en su duelo—
sóbrale el lloro; fáltale el consuelo.—

Sin fe, desesperado,
al pie de sus altares derruidos,
ya de luchar cansado
al pueblo infortunado
lleva en tiernos sonidos
aliento y esperanza, no gemidos.—

Tal queda en el sendero
el labrador postrado de fatiga—
mas oye pasajero
el canto placentero
de la calandria amiga,
y el placer el cansancio le mitiga.—

¡Viuda de los amores!
Cambia en tu sien las tocas enlutadas
por guirnaldas de flores:
que a templar los dolores
de las más desdichadas
están las almas puras consagradas.—

En el monte bravío
nace la flor; en la salvaje sierra
brota el sereno río
sobre el campo sombrío,

que ensangrentó la guerra,
alcemos nuestro canto en nuestra tierra.—

Mas siempre, compañera,
unidas nuestras voces alzaremos,
y la hoja primera
de palma lisonjera
que entrambas alcancemos,
como hermanas las dos la partiremos.—

*En un álbum que tenía una lámina que representaba a los ángeles mirando
los clavos del Señor*

¡Ved los hombres cuál son, ved qué inhumanos!

Un Redentor el cielo les envía
y en la terrible cruz, dulce María,
clavan los hierros sus divinas manos;
mirad los hierros, y llorad, hermanos,
llorad por el dolor de su agonía
*y con lágrimas laven nuestros ojos
los duros clavos en su sangre rojos.*

Vino el profeta y su divino canto
los hombres del error no conocieron
y ese premio cruel los hombres dieron
al bueno, al justo, al virtuoso, al santo;
si podemos borrar con nuestro llanto
el crimen que los hombres cometieron,
*con sus lágrimas laven nuestros ojos
los duros clavos en su sangre rojos.*

Con estos clavos, infeliz memoria,
arrancados del cuerpo moribundo

ha escrito el pueblo ingrato y furibundo
del hijo del señor la eterna historia.
Él vino al mundo a conquistar su gloria,
con duros clavos se la paga el mundo
y es menester que laven nuestros ojos
los duros clavos en su sangre rojos.

Esto queda a la tierra del Mesías
los clavos nada más de su tormento
que a los hombres darán remordimiento
en cuanto duren sus penosos días;
huyamos de moradas tan sombrías
volemos de la gloria a nuestro asiento;
pero estos clavos en su sangre rojos
con sus lágrimas laven nuestros ojos.

*En un álbum una de cuyas páginas se representaba a la Magdalena en actitud de
clamar al cielo*

¡Piedad!... Virgen, arráncame y levanta
de entre estas rocas donde estoy hundida:
hieren sus filos mi desnuda planta,
no hay senda abierta y moriré en la huida.

Corrí sin tino tras lejana estrella
ansiosa de su luz brillante y pura
y osé trepar a esta eminente altura
para después precipitarme de ella.

Subí a la cumbre por camino blando
lleno de blancas perfumadas rosas
y ahora no encuentro de pavor temblando
más que pendientes altas y espantosas.

¡Piedad!... Virgen. Tu mano salvadora
las manos prenda que hacia ti levanto
y hasta los muros de tu pueblo santo
conduce el alma que tu auxilio implora.

En el álbum fúnebre. A la memoria de una joven

¡Nadie se muere de amor!

¡Cómo habías de vivir
si *amando*, pobre mujer,
tenemos que *combatir*,
y el luchar nunca es *vencer*,
el luchar siempre es *morir*!

Cuando entre galas y flores
amor te daba la palma,
le dije a tus amadores:
“No le habléis tanto de amores
que tiene sensible el alma”.

Pero el mundo descreído
respondió con su sonrisa:
“Deja que halaguen su oído,
que ya por el bien *querido*
nadie se muere, poetisa”.

Volví más tarde a decir:
—Mirad que perdió el color
y no cesa de gemir”.
Mas él tornó a repetir,
—*Nadie se muere de amor*.

—Puede ser que el mundo ignore
cuanto su dolor la hiere...

—Deja, poetisa, que llore,
por mucho que al hombre adore,
ninguna mujer se muere.

Yo volví más consolada
y estabas en la agonía.
— *¡Se muere!* clamé aterrada;
pero el mundo respondía:
—*Es muerte de enamorada.*

Ya tu pecho palpitante
al impulso del dolor,
lanzó un grito penetrante,
y el mundo dijo: — *¡Es amante!*
¡Nadie se muere de amor!

Yo vi tu mirada incierta
clavarse al fin aterida,
y dije al mundo: — *¡Está muerta!*
y respondió: —*Está dormida;*
¡ya verás cómo despierta!

Ya oye el mundo la campana
que anuncia con su clamor
de una belleza lozana
¡la muerte horrible y temprana
que le ha alcanzado *su amor!*

Ya envuelta en el blanco velo
la ve al sepulcro marchar
y la acompaña en el duelo,
y aun aguarda con recelo

que pueda *resucitar*.

Y al sepultar a la bella
no sabiendo en su rencor
qué decir el mundo de ella,
dice: La mató su *estrella*...
Nadie se muere de amor.

En el álbum de una amiga ausente

No, los recuerdos que en el mar se escriben
no los borran el tiempo ni la ausencia;
allá en las olas resonando viven.
¿Qué es olvidar? ¿qué fuera la existencia,
si hasta el recuerdo de amistad querida
nos vedara también la Providencia?
Si triste en mi recinto oscurecido
callo por no turbar, cuando te halles
contenta, tu placer, no es que te olvido,
A ti que ver la yerba por las calles
nacida, te entristece; ¡infortunada!
¡Si vivieras, hermosa, en estos valles!
Crece la yerba al pie de mi morada
libre y fecunda, desde octubre a mayo;
y no perece al fin por ser hollada
Sino del sol canicular al rayo
como mi juventud, como mi vida-
si le llamas vivir a este desmayo,
¡Si le llamas vivir, alma querida,
a levantar del lecho la cabeza
y volver a inclinarla dolorida!
Largo tiempo luché con la tristeza:
la paciencia sostuve y el aliento

y abusé de la humana fortaleza;
Pero llega el cansancio al sufrimiento
y de mi endeble máquina las venas
de la fiebre al dolor estallar siento
Como del barco seco en las arenas
de Cádiz, al ardor del sol estallan
los comprimidos mástiles y antenas.
¡Cádiz!... ¡el mar!... ¡mi amiga! ¿por qué os hallan
lejos mis ojos, hoy que sin ventura
tanto mis penas contra mí batallan?
Aun pudiera del mar la brisa pura
reanimar el aliento de mi alma
y alegrarme la voz de tu ternura;
Mas no será, y en la abrasada calma
moriré del desierto, consumida
en tanto que tu sombra, humana palma,
En las playas del África esparcida
se retrata en la orilla de los mares
y a respirar al pájaro convida.
¡Que las aves dulcísimos cantares
te regalen en esas extranjeras
tierras, si melancólica te hallares!;
¡Ya que apenas llegar a esas riberas
podrá la voz doliente y extinguida
de estas canciones ¡ay! tal vez postreras!
¿Quién sabe si te di mi despedida
cuando volaba al africano puerto
la rugidora máquina encendida?
El sol tras de las aguas encubierto
en la flotante espuma chispeaba
de nuestro barco, por el sulco abierto;
Y tus hijos al verme que lloraba
cariñosos besaban mis mejillas
y yo a mi corazón los estrechaba.

Aquellas emociones tan sencillas
me dejaron de pena el alma rota,
cuando me vi del mar en las orillas
sola como la pobre gaviota.

2.4 Otros poemas de gran relevancia relacionados con el tema de la muerte:

El salto de Léucades

El sol a la mitad de su carrera
rueda entre rojas nubes escondido;
contra las rocas la oleada fiera
rompe el Leucadio mar embravecido.

Safo aparece en la escarpada orilla,
triste corona funeral ciñendo:
fuego en sus ojos sobrehumano brilla,
el asombroso espacio audaz midiendo.

Los brazos tiende, en lúgubre gemido
misteriosas palabras murmurando;
y el cuerpo de las rocas desprendido
“Faón” dice, a los aires entregando.

Giró un punto en el éter vacilante;
luego en las aguas se desploma y hunde:
El eco entre las olas fluctuante
el sonido tristísimo difunde.

Al mismo asunto

¡Ay! la tórtola viuda
llora su bello y muerto compañero,
y ensordece la muda

selva, con su gemido lastimero.

Gime sobre la encina
donde arrulló su amigo antes con ella,
la luna peregrina
pasó, y oyó tres veces su querella.

El cierzo se levanta
y sacude los árboles del monte,
y ni el cierzo la espanta
ni la lluvia que anega el horizonte.

Primero que olvidada
su pena, ha de asordar la selva muda;
que es fiel enamorada
la tierna melancólica viuda.

Y era su compañero
como ella amante, hermoso como el día,
y su volar ligero
por el valle a la tórtola seguía.

Solitarias amadas,
vagasteis con la luz por los collados,
y en la sombra, apartadas
os vi, sobre los troncos elevados.

Y tú cuello escondías
entre las plumas de sus alas bellas,
y a su arrullo dormías
amoroso, al venir de las estrellas...

¡Ay tortolilla viuda!
¡Llora tu bello y tierno compañero,

y ensordece la muda
selva con tu gemido lastimero!

Que el fiero azor en tanto
su vuelo sesgo sobre ti avecina,
y ya escucho tu canto
ahogado en la garganta peregrina.

El seno que golpeas,
a tu esposo llamando tiernamente,
entre sus garras feas
será regalo de su pico hendiente.

Mas ¡ay triste y viuda
tórtola! si murió tu bello amante,
¿qué importa que a ti acuda
y rompa azor tu seno palpitante?

Bendito seas, Alberto

Aunque serena y callada
a tus suspiros me veas,
no indiferente me creas;
es que el alma enamorada
diciendo está embelesada
Alberto, bendito seas.

Si a responderte no acierto
cuando me vienes hablando,
¿piensas que tu voz no advierto?
pues es que estoy murmurando
con un acento muy blando
bendito seas, Alberto.

Alberto, ¿qué más deseas
de quien tanto vive amando?
yo te ruego que me creas,
que aunque callada me veas
estoy entre mí cantando
Alberto, bendito seas.

Muda estoy, fáltame vida;
queda el espíritu muerto,
la mente desvanecida;
pero esta voz repetida
forma en el alma concierto:
¡Bendito seas, Alberto!

Acuérdate de mí

Y cuando ya no veas
las playas españolas
que tan tristes y solas
van a quedar sin tí,
cuando estés en la nave
mirando al Océano,
acuérdate ¡ay!, hermano,
¡acuérdate de mí!

Si el cielo está sereno
y el agua hermosa en calma,
en tanto que mi alma
te sigue desde aquí,
en tanto vaya el onda
sulcando tu navío,
¡ay! siempre, hermano mío,

¡acuérdate de mí!

Y si el cielo se irrita
y la mar se embravece,
mientras la gente rece
en derredor de ti,
levanta confiado
tus ojos hacia el cielo,
y al pedirle consuelo

¡acuérdate de mí!

En calma y en bonanza
siempre en el Océano
repite, dulce hermano
“yo me acuerdo de ti.”
Siempre con sol y estrellas
por la región marina,
repite “Carolina”
¡acuérdate de mí!

En un álbum poético para una niña que se ahogó en el mar

Tú pensaste que el mar era tu cuna
y te adormiste en él tranquilamente,
no ha sido para ti poca fortuna
despertar en la gloria de repente.

¡Hija del alma! no hay vida ninguna
que no arrostre el furor de una corriente
y si nos ha de ahogar ¡ay! la del llanto,
la del mar es mejor... ¡no amarga tanto!